

Manuela y Simón

acompañadas de los

Diarios de Quito y Paita,

así como de otros documentos







Las más hermosas cartas de
Amor entre
Manuela y Simón

Fundación Editorial
el perro y la rana

Versión tomada de la 2.ª edición de Ediciones Piedra, Papel o Tijera, julio 1998

Centro Simón Bolívar, Torre Norte, piso 21, El Silencio,
Caracas - Venezuela, 1010.
Teléfonos: (0212) 768.8300 / 768.8399

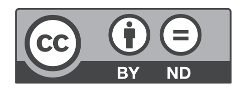
Correos electrónicos
atencionalescritorfepr@gmail.com
comunicacionesperroyrana@gmail.com

Páginas web
www.elperroylarana.gob.ve
www.mincultura.gob.ve

Redes sociales
Facebook: Fundación Editorial Escuela El perro y la rana
Twitter: @perroyranalibro

Diseño y diagramación
Dileny Jiménez

Hecho el Depósito de Ley
Depósito legal: DC2018002053
ISBN: 978-980-14-3401-6



Las más hermosas cartas de
Amor *entre*
Manuela y Simón
acompañadas de los
Diarios de Quito y Paita,
así como de otros documentos

Manuela Sáenz

Bolívar

Nota de los editores

Hoy se me hace preciso escribir por la ansiedad. Estoy sentada frente de la hamaca que está quieta como si esperara a su dueño. El aire también está quieto; esta tarde es sorda. Los árboles del huerto están como pintados. En este silencio mío, medito. No puedo olvidar.

Ponga su atención el lector de este libro sobre las líneas anteriores. Repáselas una vez y otra vez para disfrutar de la extraordinaria carga literaria que contienen. No son de ninguno de nuestros grandes escritores conocidos. Son de Manuelita, sí, de Manuela Sáenz. Pertenecen a las notas que ella iba escribiendo en su destierro en Paita.

Sabíamos ya que Manuela era una mujer extraordinaria en muchos aspectos. Por la forma en que asumió su condición femenina en rebeldía con las convenciones de su época, por su vocación patriótica puesta al servicio de la Campaña Libertadora, por su inteligencia política que no transigía con la mediocridad. También, desde luego, por su cultura y su belleza, que cautivaron a Bolívar.

Descubrimos ahora que Manuela era, además, una fina escritora. Que estaba dotada de una rara sensibilidad para transformar los sentimientos y las ideas en palabras, tal como lo revela su correspondencia con el Libertador, y sus diarios de Quito y de Paita, que nos transmiten, a través del tiempo, una vitalidad que no declina, que no se apaga con los años.

Bolívar, desde luego, como contraparte en esa correspondencia de amor, no se quedaba atrás en cuanto a talento literario y goce expresivo. Sus cartas a Manuela nos hablan igualmente de su capacidad para el ensueño amoroso: "Mi adorada: ...Tú quieres verme, siquiera con los ojos. Yo también quiero verte y reverte y tocarte y sentirte y saborearte y unirte a mí por todos los contactos".

Muchas de las cartas y documentos que aquí publicamos son prácticamente desconocidos en nuestro país. En buena parte, están tomados de los papeles salvados que Carlos Álvarez editó en Ecuador dándolos a conocer al mundo.

Las preguntas que siempre quedarán en el aire son las siguientes: ¿Por qué esas cartas y diarios han estado ocultos casi dos siglos? ¿Qué clase de conspiración o de entendimiento ha habido para mantener a Manuela Sáenz como un personaje secundario de la Historia? ¿A qué sectores e instituciones les molestaban y tal vez aún les seguirán molestando sus ideas y posiciones? ¿Qué clase de intolerancia ha seguido prolongando su exilio en el terreno intelectual? ¿Por qué ni siquiera se tiene en Venezuela un monumento ni una calle que lleven el nombre de aquella que no solamente fue compañera de Bolívar, sino también una gran luchadora latinoamericana?

Nosotros, por nuestra parte, con esta publicación, pretendemos modestamente contribuir a hacerle justicia a Manuelita, para que las sombras que hasta ahora cubren su memoria comiencen de una vez a despejarse.

Ediciones Piedra, Papel o Tijera, 1998

A modo de Prólogo

Fragmento sobre el incidente del zarcillo recogido por Perú de Lacroix en el Diario de Bucaramanga



Su Excelencia se levantó hoy con un poco de ánimo de salir de paseo a caballo. Regresó más alegre y conversador; así que aproveché para que me hiciera algunas confidencias sobre sus sentimientos de él acerca de mi señora Manuela:

"¿Me pregunta usted por Manuela o por mí? Sepa usted que nunca conocí a Manuela. En verdad, ¡nunca terminé de conocerla! ¡Ella es tan, tan sorprendente! ¡Carajo, yo! ¡Carajo! ¡Yo siempre tan pendejo! ¿Vio usted? Ella estuvo muy cerca, y yo la alejaba; pero cuando la necesitaba siempre estaba allí. Cobijó todos mis temores…"

Su excelencia hizo aquí una pausa y luego pronunció:

"¡Siempre los he tenido, carajo! (S.E. se interrumpió y me miró suplicante, fijamente, como tratando de averiguar algo. Bajó la cabeza y pensé que se había dormido; pero empezó nuevamente a hablar). Usted De Lacroix la conoce: ¡Todos, todos la conocen! No, no hay mejor mujer. Ni las catiras de Venezuela, ni las momposinas, ni las… ¡Encuentre usted alguna! Esta me domó. Sí, ¡ella supo cómo! La amo. Sí, todos lo saben también. ¡Mi amable loca! Sus avezadas ideas de gloria; siempre protegiéndome, intrigando a mi favor y de la causa, algunas veces con ardor, otras con energía. ¡Carajo! ¡Ni las catiras de Venezuela, que tienen fama de jodidas!

"Mis generales holgaron en perfidia para ayudarme a deshacerme de mi Manuela, apartándola en algunas ocasiones, mientras que yo me complacía con otras. Por eso tengo esta cicatriz en la oreja. Mire usted (enseñándome su grande oreja de S.E. la izquierda, que tiene la huella de una fila de dientes muy finos, y, como si yo no supiera tal asunto), este es un trofeo ganado en mala lid: ¡En la cama! Ella encontró un arete de filigrana debajo de las sábanas, y fue un verdadero infierno. Me atacó como un ocelote, por todos los flancos; me arañó el rostro y el pecho, me mordió fieramente las orejas y el pecho, y casi me mutila. Yo no atinaba cuál era la causa o argumentos de su odio en esos momentos y, porfiadamente, me laceraba con esos dientes que yo también odiaba en esa ocasión.

”Pero tenía ella razón: yo había faltado a la fidelidad jurada, y merecía el castigo. Me calmé y relajé mis ánimos y cuando se dio cuenta de que yo no oponía resistencia, se levantó pálida, sudorosa, con la boca ensangrentada y mirándome me dijo: ¡Ninguna, oiga bien esto señor, que para eso tiene oídos: ninguna perra va a volver a dormir con usted en mi cama! (enseñándome el arete). No porque usted lo admita, tampoco porque se lo ofrezcan. Se vistió y se fue.

”Yo quedé aturdido y sumamente adolorido, que en llamando a gritos a José, y entrando este, pensó que yo había sido víctima de otro atentado (aquí S.E. sonríe). En la tarde regresó debido a mis ruegos. Le escribí diez cartas. Cuando me vio vendado claudicó, al igual que yo, en la furia de sus instintos. Todo en dos semanas fue un delirio de amor maravilloso bajo los cuidados de la fierecilla. ¿Usted qué cree? ¡Esto es una clara muestra de haber perdido la razón por el amor! El gran poder está en la fuerza del amor. Sucre lo dijo.

”Manuela siempre se quedó. No como las otras. Se importó a sí misma y se impuso con su determinación incontenible, y el pudor quedó atrás y los prejuicios así mismo. Pero cuanto más trataba de dominarme, más era mi ansiedad por liberarme de ella.

”Fue, es y sigue siendo amor de fugas. ¿No ve? Ya me voy nuevamente. ¡Vaya usted a saber! Nunca hubo en Manuela nada contrario a mi bienestar. Solo ella. Sí, mujer excepcional, pudo proporcionarme todo lo que mis anhelos esperaban en su turno. Mire usted. Arraigó en mi corazón y para siempre, la pasión que despertó en mí desde el primer encuentro.

”Mis infidelidades fueron, por el contrario de las experiencias, el acicate para nuestros amores, después de lo violenta que fuera la escena de celos de esta mujer. Nuestras almas siempre fueron indómitas como para permitirnos la tranquilidad de dos esposos. Nuestras relaciones fueron cada vez más profundas. ¿No ve usted? ¡Carajos! de mujer casada

a húsar, secretaria y guardián celoso de los archivos y correspondencia confidencial personal mía. De batalla en batalla, a teniente, capitán y por último, se lo gana con el arrojo de su valentía, que mis generales atónitos veían; ¡coronel! ¿Y qué tiene que ver el amor en todo esto? Nada.

”Lo consiguió ella como mujer (¡era de armas tomar!) ¿Y lo otro? Bueno, es mujer y así ha sido siempre, candorosa, febril, amante. ¿Qué más quiere usted que yo le diga? ¡Coño de madre, carajo!” (Presiento que esta será la última vez que S.E. me hable así, tan descarnadamente: sí, de sus sentimientos de él hacia mi señora Manuela). Hubo un silencio largo y S.E. exaltados los ánimos, se fue sin despedirse. Iba acongojado, triste; balbuciendo: “Manuela, mi amable loca…”

Cartas de amor de Manuela y Simón



Cuartel General en Guaranda a 3 de julio de 1822

A la distinguida dama, Sra. Manuela Sáenz
Apreciada Manuelita:

Quiero contestarte, bellísima Manuela, a tus requerimientos de amor que son muy justos. Pero he de ser sincero para quien, como tú, todo me lo ha dado. Antes no hubo ilusión, no porque no te amara Manuela y es tiempo de que sepas que antes amé a otra con singular pasión de juventud, que por respeto nunca nombro.

No esquivo tus llamados, que me son caros a mis deseos y a mi pasión. Solo reflexiono y te doy un tiempo a ti, pues tus palabras me obligan a regresar a ti; porque sé que esta es mi época de amarte y de amarnos mutuamente.

Solo quiero tiempo para acostumbrarme, pues la vida militar no es fácil ni fácil retirarse. Me he burlado de la muerte muchas veces, y esta me acecha delirante a cada paso.

Qué debo brindarte: ¿un encuentro vivo acaso? Permíteme estar seguro de mí, de ti y verás querida amiga quién es Bolívar al que tú admiras. No podría mentirte.

¡Nunca miento! Que es loca mi pasión por ti, lo sabes.

Dame tiempo.
Bolívar

El Garzal, a 27 de julio de 1822

A Su Excelencia general Simón Bolívar
Muy señor mío:

Aquí hay de vivaz todo un hechizo de la hermosa naturaleza. Todo invita a cantar, a retozar; en fin, a vivir aquí. Este ambiente, con su aire cálido y delicioso, trae la emoción vibrante del olor del guarapo que llega fresco del trapiche, y me hace experimentar mil sensaciones almibaradas. Yo me digo: este suelo merece recibir las pisadas de S.E. El bosque y la alameda de entrada al Garzal, mojados por el rocío nocturno, acompañarían su llegada de usted, evocando la nostalgia de su amada Caracas. Los prados, la huerta y el jardín que está por todas partes, serviránle de inspiración fulgurante a su amor de usted, por estar S.E. dedicado casi exclusivamente a la guerra.

Las laderas y campos brotando flores y gramíneas silvestres, que son un regalo a la vista y encantamiento del alma. La casa grande invita al reposo, la meditación y la lectura, por lo estático de su estancia. El comedor, que se inunda de luz a través de los ventanales, acoge a todos con alegría; y los dormitorios reverentes al descanso, como que ruegan por saturarse de amor…

Los bajíos a las riberas del Garzal hacen un coloquio para desnudar los cuerpos y mojarlos sumergidos en un baño venusiano; acompañado del susurro de los guaduales próximos y del canto de pericos y loros espantados por su propio nerviosismo. Le digo yo, que ansío de la presencia de usted aquí. Toda esta pintura es de mi invención; así que ruego a usted que perdone mis desvaríos por mi ansiedad de usted y de verlo presente, disfrutando de todo esto que es tan hermoso.

Suya de corazón y de alma,
Manuela

El Garzal, a 28 de julio de 1822

General Simón Bolívar
Muy señor mío:

Aquí estoy yo, ¡esperándole! No me niegue su presencia de usted. Sabe que me dejó en delirio y no va a irse sin verme y sin hablar… con su amiga, que lo es loca y desesperadamente.

Manuela

… aquí hay todo lo que usted soñó y me dijo sobre el encuentro de Romeo y Julieta… y exuberancias de mi misma.

Quito, 30 de diciembre de 1822

Al Libertador Simón Bolívar
Incomparable amigo:

En la apreciable de usted, fecha 22 del presente, me hace ver el interés que ha tomado en las cargas de mi pertenencia. Yo le doy a usted las gracias por esto, aunque más las merece usted porque considera mi situación presente. Si esto sucedía antes que estaba más inmediata, ¿qué será ahora que está a más de sesenta leguas de aquí? Bien caro me ha costado el triunfo de Yacuanquer. Ahora me dirá usted que no soy patriota por todo lo que voy a decir. Mejor hubiera querido yo triunfar de él y que haya diez triunfos en Pasto.

Demasiado considero a usted lo aburrido que debe estar usted en ese pueblo; pero, por desesperado que usted se halle, no ha de estar tanto como lo está la mejor de sus amigas, que es:

Manuela

Quito, a diciembre 30 de 1822

A.S.E. El Libertador Simón Bolívar
Señor mío:

Yo agradezco a usted por el interés que toma sobre mi persona, porque usted bien sabe de mi presencia en cuerpo y alma a su lado.

Sobre lo que me dice usted en su carta del 25 del presente, me hace sentir la soledad que acompaña lo que es ahora la distancia.

Considéreme, usted su amor loco y desesperado por unirme hasta la gloria de su ser; supongo que se halla usted en igual condición como lo está la más fiel de sus amigas, que es:

Manuela

Cuartel General Pasto, a 30 de enero de 1823

Mi adorada Manuelita:

Recibí tu apreciable que regocijó mi alma, al mismo tiempo que me hizo saltar de la cama; de lo contrario, esta hubiera sido víctima de la provocada ansiedad en mí.

Manuela bella, Manuela mía, hoy mismo dejo todo y voy, cual centella que traspasa el universo, a encontrarme con la más dulce y tierna mujercita que colma mis pasiones con el ansia infinita de gozarte aquí y ahora, sin que importen las distancias. ¿Cómo lo sientes, ah? ¿Verdad que también estoy loco por ti?...

Tú me nombras y me tienes al instante. Pues sepa usted mi amiga, que estoy en este momento cantando la música y tarareando el sonido que tú escuchas. Pienso en tus ojos, tu cabello, en el aroma de tu cuerpo y la tersura de tu piel y empaco inmediatamente, como Marco Antonio fue hacia Cleopatra. Veo tu etérea figura ante mis ojos, y escucho el murmullo que quiere escaparse de tu boca, desesperadamente, para salir a mi encuentro.

Espérame, y hazlo, ataviada con ese velo azul y transparente, igual que la ninfa que cautiva al argonauta.

Tuyo,
Bolívar

Catahuango, a febrero 12 de 1823

A Su Excelencia
General Simón Bolívar

A más de encontrarme condenada por mis parientes en Quito, la suerte al revés en mi matrimonio (siempre supe desde el principio que sería así), usted me incomoda con el comportamiento de usted, de sus sentimientos que son desprendidos de toda realidad.

¿Dice usted que me piensa, me ama, me idolatra?

¿Cree usted que este destino cruel puede ser justo? ¡No! ¡Mil veces no! ¿Quiere usted la separación por su propia determinación, o por los auspicios de lo que usted llama honor? La eternidad que nos separa solo es la ceguera de su determinación de usted, que no lo ve más. Arránquese usted si quiere, su corazón de usted, pero el mío ¡No! Lo tengo vivo para usted, que sí lo es para mí toda mi adoración, por encima de todos los prejuicios.

Suya,
Manuela

Cuartel General de Lima, a 13 de septiembre de 1823

A la señora Manuela Sáenz
Mi buena y bella Manuelita:

Profunda preocupación tiene mi corazón, a más de mi admiración por tu valentía al enfrentarte sola al anatema de la luz pública, en detrimento de tu honor y de tu posición.

Sé que lo haces por la causa de la libertad, a más que por mí mismo, al disolver, con la intrepidez que te caracteriza, ese motín que atosigaba el orden legal establecido por la República, y encomendado al general Solom en Quito.

Tú has escandalizado a media humanidad, pero solo por tu temperamento admirable. Tu alma es entonces la que derrota los prejuicios y las costumbres de lo absurdo; pero Manuela mía, he de rogarte: prudencia, a fin de que no se lastime tu destino excelso en la causa de la libertad de los pueblos y de la República.

Prefiero que vengas a Lima, a fin de hacerte cargo de la secretaría y de mi archivo personal, así como los demás documentos de la Campaña del Sur.

Con todo mi amor,
Bolívar

Quito, septiembre 23 de 1823

S.E. Simón Bolívar
Señor:

Bien sabe usted que ninguna otra mujer que usted haya conocido, podrá deleitarlo con el fervor y la pasión que me unen a su persona, y estimula mis sentidos. Conozca usted a una verdadera mujer, leal y sin reservas.

Suya,
Manuela

Lima, a octubre 18 de 1823

Muy señor mío:

Tiene usted mi amor verdadero, con el prendimiento de mi corazón por usted. No me calmo hasta que usted me dé su explicación de su ausencia de usted, sin que yo sepa qué se ha hecho usted. ¿Es que no ve el peligro? ¿O yo no le intereso más que ayer? Decida usted, porque yo me regreso aun sin la gloria de usted, que no vacila en hacerme sufrir.

Suya,
Manuela

Cartas entre Manuela y Simón.
El incidente del zarcillo



I.

Cuartel General en La Magdalena-Lima
Octubre 29 de 1823

Señora Doña Manuela Sáenz
Señora:

Mi deseo es que usted no deje a este su hombre por tan pequeña e insignificante cosa. Líbreme usted misma de mi pecado, conviniendo conmigo en que hay que superarlo. Vengó ya usted su furia en mi humanidad. ¿Vendrá pronto? Me muero sin usted.

Su hombre idolatrado,
Bolívar

II. La Magdalena, 6:30 p.m.

Señora:

Nunca después de una batalla encontré un hombre tan maltratado y maltrecho como yo mismo me hallo ahora, y sin el auxilio de usted. ¿Quisiera usted ceder en su enojo y darme una oportunidad para explicárselo?

Su hombre que muere sin su presencia,
Bolívar

III. La Magdalena, 7:30 p.m.

Señora:

En mi situación, ya no encuentro otro recurso que el de levantarme como Lázaro e implorar su benevolencia conmigo.

Sepa usted que parezco perro de hortelano castigado por jauría.

¿No se conmueve usted? Venga, venga pronto, que me muero sin usted.

Bolívar

IV. La Magdalena, 8 p.m.

Señora:

Medite usted la situación. ¿Acaso no dejó de asistirme en unos días? Yo imploro de su misericordia de usted, que proviene de su alma pura; no me deje morir de amor sin su presencia. ¿Puedo volver a llamarla mi bella Manuela? Explíqueme qué conducta debo seguir respecto a usted.

Suyo,
Bolívar

V. La Magdalena, 9:30 p.m.

Mi adorada Manuelita, el hincarme la porcelana iridiscente de tu boca fue el flagelo más sutil demandado por mortal alguno en la expiación de su pecado; tus dedos se adhirieron a mi carne, como en las breñas de la ascensión al Pisha, para darle a este hombre (tu hombre) un hálito mortal, en la contemplación de tu divinidad hecha mujer.

Perdóname, tuyo,
Bolívar

Lima, a 27 de febrero de 1824

Al señor Libertador
General Simón Bolívar
Muy señor mío:

Por correo he sabido de su desgracia de usted. ¿No ve usted, señor, por usted mismo? Corro a su lado hasta Pativilca. Escribo muy de prisa por el ansia que tengo. Mañana salgo con algunos patriotas y tropa de Lima, pues son noticias frescas el que los peninsulares junto con los traidores de Torre Tagle, dan ultimátum a esta ciudad; y hallo justificación en hacerlo porque para usted su salud no cuenta. Yo bien sé que con mi compañía usted se sentirá mejor, dando al traste con todas sus desgracias; que yo pueda ser remedio de sus males. ¿Me espera usted? Su amiga, desesperada por verlo, que es,

Manuela

Huamachuco, a 26 de mayo de 1824

General Simón Bolívar
Señor mío:

He de decirle a usted que mi paciencia en no ver su ánimo disponible hacia su amiga, que lo es sincera, tiene un límite. Usted, que tanto hablaba de corresponder gentilmente a los amigos, duda en escribirme una línea; esto me provoca una agonía fatal, pues no encuentro que satisfaga mis interrogantes acerca de usted o de su comportamiento austero, aunque diplomático.

¿He de preguntarle a usted mismo? No, porque ni siquiera piensa en mí, ni su respuesta es espontánea. Téngame un poco de amor, aunque solo sea por lo de patriota.

Manuela

Huamachuco, a 30 de mayo de 1824

General Simón Bolívar
Muy señor mío:

Me pregunto a mí misma, si vale la pena tanto esfuerzo en recuperarlo a usted de las garras de esa pervertida que lo tiene enloquecido últimamente. Dirá usted que son ideas absurdas. He de contarle que sé los pormenores de muy buena fuente, y usted sabe que solo me fío de la verdad. ¿Le incomoda mi actitud? Pues bien; tengo resuelto desaparecer de este mundo, sin el «permiso de su Señoría», ya que no me llegará a tiempo, debido a sus múltiples ocupaciones…

Manuela

Cuartel General en Huaraz, a 9 de junio de 1824

Manuelita
Mi adorada:

Tú me hablas del orgullo que sientes de tu participación en esta campaña. Pues bien, mi amiga, ¡Reciba usted mi felicitación y al mismo tiempo mi encargo! ¿Quiere usted probar las desgracias de esta lucha? ¡Vamos! El padecimiento, la angustia, la impotencia numérica y la ausencia de pertrechos hacen del hombre más valeroso un títere de la guerra.

Un suceso que alienta es el hallarse en cualquier recodo con una columna rezagada de godos y quitarles los fusiles. ¡Tú quieres probarlo! Hay que estar dispuesto al mal tiempo, a caminos tortuosos a caballo sin darse tregua; tu refinamiento me dice que mereces alojamiento digno y en el campo no hay ninguno. No disuado tu decisión y tu audacia, pero en las marchas no hay lugar a regresarse. Por lo pronto, no tengo más que una idea que tildarás de escabrosa: pasar al ejército por la vía de Huaraz, Olleros, Choveín y Aguamina al sur de Huascarán.

¿Crees que estoy loco? Esos nevados sirven para templar el ánimo de los patriotas que engrosan nuestras filas. ¿A qué no te apuntas? Nos espera una llanura que la Providencia nos dispone para el triunfo. ¡Junín! ¿Qué tal?

A la amante idolatrada

Tuyo,
Bolívar

Huamachuco, 16 de junio 1824

A S.E. El Libertador Simón Bolívar
Mi querido Simón,
Mi amado:

Las condiciones adversas que se presenten en el camino de la campaña que usted piensa realizar, no intimidan mi condición de mujer. Por el contrario, yo las reto. ¡Qué piensa usted de mí! Usted siempre me ha dicho que tengo más pantalones que cualquiera de sus oficiales, ¿o no? De corazón le digo: no tendrá usted más fiel compañera que yo y no saldrá de mis labios queja alguna que lo haga arrepentirse de la decisión de aceptarme.

¿Me lleva usted? Pues allá voy. Que no es condición temeraria esta, sino de valor y de amor a la independencia (no se sienta usted celoso).

Suya siempre,
Manuela

Huaraz, a junio 17 de 1824

A S.E. el Libertador Simón Bolívar

Muy señor mío:

Quisiera usted referirme: ¿Qué clase de hombre es este Santander, que siendo su enemigo usted lo tolera; sin que haga nada usted por esquivar esas infamias por las que, en su correspondencia, me doy cuenta, cómo injusta y deliberadamente, él no acoge las peticiones de usted?

Tenga cuidado.

Suya,
Manuela

Cuartel General de Junín
a 6 de agosto de 1824

Al señor teniente de húsares de S.E.
El Libertador y Presidente de Colombia
Señora Manuela Sáenz
Mi muy querida Manuela:

En consideración a la resolución de la Junta de Generales de División, y habiendo obtenido de ellos su consentimiento, y alegada su ambición personal de usted de participar en la contienda; visto su coraje y valentía de usted; de su valiosa humanidad en ayudar a planificar desde su columna las acciones que culminaron en el glorioso éxito de este memorable día; me apresuro, siendo las 16:00 horas en punto, en otorgarle el grado de capitán de húsares; encomendándole a usted las actividades económicas y estratégicas de su regimiento, siendo su máxima autoridad en cuanto tenga que ver con la atención a los hospitales, y siendo este, el último escaño de contacto de mis oficiales con la tropa.

Cumplo así con la justicia, de dar a usted su merecimiento de la gloria de usted, congratulándome de tenerla a mi lado como mi más querido oficial del ejército colombiano.

Su afectísimo,

S.E. el Libertador,

Bolívar

Cuartel General en Andahuaylas,
a 26 de septiembre de 1824 (Confidencial)

Manuela mía:

El 3 del próximo, deseo que te reportes con "Héctor", a fin de coordinar el asunto que nos preocupa. El coronel Salguero lleva los partes de la estrategia, para que Héctor vea la conveniencia de hacerlo en Huamanga frente al Condorcunga. El motivo: que todos los batallones sepan que el Libertador y Presidente está allí, con ellos, en su tienda de campaña, aunque "con tabardillo". El general Solom llegará en mi mula parda a fin de que se crea que soy yo.

Tú serás muy útil al lado de Héctor, pero es una recomendación para ti, y una orden de tu general en jefe, de que te quedes pasiva ante el encuentro con el enemigo. Tu misión será la de "atenderme", entrando y saliendo de la tienda del Estado Mayor, y llevando viandas de agua para "refrescarme", al tiempo de que en cada salida llevas una orden mía (de los partes que estoy enviándote) a cada general. No desoigas mis consideraciones y mi preocupación por tu humanidad.

¡Te quiero viva! Muerta, yo muero.

Tuyo,
Bolívar

Cuartel General de Chalhuancada,
a octubre 4 de 1824

A la señora capitana de húsares de la Guardia
Manuela Sáenz
(Personal)
Mi muy querida Manuelita:

Te pido con el consejo de mis pensamientos, que batallan con el ardor de mi corazón, que te quedes ahí. Lo hago, no por separarme de ti, pues tú eres el ser que más quiero y porque siempre estoy pensando en ti. Tu presencia servirá para que te encargues de hacerme llegar informes minuciosos de todo pormenor, que ninguno de mis generales me haría saber, más por sus preocupaciones personales, que por intrigas o desavenencias. Al mantenerme al tanto de todo lo que acontece allí, puedo mirar dos frentes, seguro de encontrar el respaldo que tú lograrás en ese cuartel.

Soy tuyo de corazón,
Bolívar

Cuartel General de Huancayo,
a 24 de octubre de 1824

Mi adorada Manuelita:

Mi bella y buena Manuela, hoy he recibido la *Ley del Congreso de Colombia*, del 28 de julio, quitándome todas las facultades extraordinarias de las cuales me hallaba investido por el ejecutivo; traspasándolas todas, sin excepción, a Santander.

Mi corazón ve con tristeza el horrible futuro de una patria que sucumbe ante la mezquindad de los intereses personales y de partidos.

A todos cabe, sin embargo, una disculpa. Tú, en cambio, te conservas siempre fiel a mí. Sin embargo, por el amor que me profesas, no hagas nada que nos hundiría a los dos. Desconoce el hecho como un desliz de mis detractores, sin más que guardar la compostura que obliga en estos casos, mientras yo recurro a mi intuición a fin de organizar mi relevo de estas responsabilidades en Sucre.

Tuyo,
Bolívar

Chancayo, a 9 de noviembre de 1824

Mi adorada Manuelita:

Estoy muy agradecido por tu oportuna correspondencia, que al detalle me informa de los odios de esas gentes perniciosas, la mayoría campesinos que sin más motivo que el de su rebeldía, hostigan a las tropas. También los del comportamiento de los generales Uno y Heres.

Sucre ya tiene las órdenes pertinentes a la marcha; tú por vías de paciencia queda a la espera de mi retorno, que será muy pronto, pues ansío tus amables caricias y contemplarte con mi pasión, que lo es loca por ti. Tu único hombre,

Bolívar

Cuartel General de Huancavilca
Diciembre 20 de 1824

Señora doña Manuela Sáenz
Apreciada Manuelita:

Al recibir la carta del 10, de letra de Sucre, no tuve más que sorprenderme por tu audacia, en que mi orden, de que te conservaras al margen de cualquier encuentro peligroso con el enemigo, no fuera cumplida; a más de que tu desoída conducta, halaga y ennoblece la gloria del ejército colombiano, para el bien de la patria y como ejemplo soberbio de la belleza, imponiéndose majestuosa sobre los Andes. Mi estrategia me dio la consabida razón de que tú serías útil allí; mientras que yo recojo orgulloso para mi corazón, el estandarte de tu arrojo, para nombrarte como se me pide: coronel del ejército colombiano.

Tuyo,
Bolívar

Adición: ¡Viva la patria, viva Sucre, viva Manuela, viva Ayacucho! ¡Qué es la apoteósis de la República!

Cuartel Gl. de Huancavelica Dic. 20 de 1824

Sra. doña Manuela Saenz

Apreciada Manuelita

Al recibir la carta del 10 de letras de Sucre, no tuve más que sorprenderme por tu audacia en que mi orden, de que te conservaras al margen de cualquier encuentro peligroso con el enemigo no fuera cumplida, además de tu desoída conducta, halaga y ennoblece la Gloria del ejercito Colombiano, para el bien de la Patria y cómo ejemplo soberbio de la belleza, imponiéndose majestuosa sobre los Andes. Mi estrategia me dió la consabida razon de qué tú serias util allí, mientras que yo recojo orgulloso para mi corazón: el estandarte de tu arrojo, para nombrarte como se me pide: Coronel del ejército Colombiano

Bolívar

[[illegible] ¡Viva la Patria! ¡Viva Sucre! ¡Viva Manuela! ¡Viva Ayacucho, que es la posteridad de la República!]

Lima, a 14 de abril de 1825

A S.E. general Simón Bolívar
Muy señor mío:

Sé que ha partido con usted mi única esperanza de felicidad. ¿Por qué, entonces, le he permitido escurrirse de mis brazos como agua que se esfuma entre los dedos? En mis pensamientos estoy más que convencida de que usted es el amante ideal, y su recuerdo me atormenta durante todo el tiempo.

Encuentro que satisfaciendo mis caprichos se inundan mis sentidos, pero no logro saciarme, en cuanto a que es usted a quien necesito; no hay nada que se compare con el ímpetu de mi amor. Comprar perfumes, vestidos costosos, joyas, no halaga mi vanidad. Tan solo sus palabras logran hacerlo. Si usted me escribiera con letras diminutas y cartas grandotas, yo estaría más que feliz.

Mis labores no terminan nunca, pues empieza una y no termina y ya tengo otra empezada. Confieso que estoy como embotada y no logro hacer nada. Dígame qué debo hacer, pues no atino ni una, y todo por el vacío de usted aquí.

Si usted me dijera venga, yo iría volando ¡así fuera al fin del mundo!

Su pobre y desesperada amiga,
Manuela

Ica, 20 de abril de 1825

Mi bella y buena Manuela:

Cada momento estoy pensando en ti y en el destino que te ha tocado. Yo veo que nada en el mundo puede unirnos bajo los auspicios de la inocencia y del honor. Lo veo bien, y gimo de tan horrible situación por ti; porque te debes reconciliar con quien no amabas; y yo, porque debo separarme de quien idolatro!!! Sí, te idolatro hoy más, que nunca jamás. Al arrancarme de tu amor y de tu posesión se me ha multiplicado el sentimiento de todos los encantos de tu alma y de tu corazón divino, de ese corazón sin modelo.

Cuando tú eras mía, yo te amaba más por tu genio encantador que por tus atractivos deliciosos. Pero ahora, ya me parece que una eternidad nos separa, porque mi propia determinación me ha puesto en el tormento de arrancarme de tu amor, y tu corazón justo nos separa de nosotros mismos, puesto que nos arrancamos el alma que nos daba existencia, dándonos el placer de vivir. En lo futuro, tú estarás sola aunque al lado de tu marido; yo estaré solo en medio del mundo. Solo la gloria de habernos vencido será nuestro consuelo. El deber nos dice que ya no somos más culpables! No, no lo seremos más.

Bolívar

Cuartel General Ica, a 21 de abril de 1825

Mi adorada Manuelita:

Voy acompañado, quiero decir, con la compañía de tus gratísimos recuerdos. Pienso, dentro de mis relaciones, que mucho ha de ser el trabajo que debo realizar y sé que me esperan la grandeza y la gloria. Sin embargo, todo se empaña en la remembranza de tu imagen vestal y hermosa, casi causante de esta lucha interna de mi corazón que se halla entre mis deberes; la disciplina, mi trabajo intelectual y el amor. No sabes, Manuela mía, cómo te ansía este corazón viejo y cansado, en el deseo ferviente de que tu presencia lo rejuvenezca y lo haga palpitar de nuevo al ritmo de como sano!

Sobre la base de mi temor, sé que no está bien insistir en tu viaje acá, pues faltarías a las obligaciones para con tu marido. Sin embargo, ni yo mismo puedo engañarme. Tu suerte que te ha tocado, me entristece mucho por lo de tus sacrificios que quieres solo para conmigo. Yo te lo agradezco. Mis sentimientos se agigantan junto con mis deseos, al pensar en ti, y en todo lo arrobador de tu espíritu sin igual, además de tu encantamiento femenino.

Muy pronto sabré qué determinación habremos de tomar ante esta situación que nos destroza el alma. Por lo pronto, debemos tener paciencia de franciscano.

Tuyo en el alma,
Bolívar

Cuartel General en Ica, a 26 de abril de 1825

Mi adorada Manuelita:

Mi amor, marcho hoy con destino al Alto Perú, a Chuquisaca, lleno de proyectos que son mi ilusión de crear una nueva República. Y por lo tanto, la demanda ha de ser mucho trabajo que realizar con la dirección de la Providencia y donde alcanzaré lo más grande de mi gloria, que me tiene pensando en ti, a cada momento en que tu imagen me acompaña a todo lado, haciendo de ideas vivas el palaciego almíbar de mi vida y mis labores.

Sin embargo, soy preso de una batalla interior entre el deber y el amor; entre tu honor y la deshonra, por ser culpable de amor. Separarnos es lo que indica la cordura y la templanza, en justicia ¡Odio obedecer estas virtudes!

Soy tuyo de alma y corazón,
Bolívar

Lima, a mayo 1 de 1825

A S.E. general Simón Bolívar
Muy señor mío:

Recibí su apreciable, que disgusta mi ánimo, por lo poco que me escribe; además de que su interés por cortar esta relación de amistad que nos une, al menos en el interés de saberlo triunfante de todo lo que se propone. Sin embargo yo le digo: no hay que huir de la felicidad cuando esta se encuentra tan cerca. Y tan solo debemos arrepentirnos de las cosas que no hemos hecho en esta vida.

Su Excelencia sabe bien cómo lo amo. Sí, ¡con locura!

Usted me habla de la moral, de la sociedad. Pues, bien sabe usted que todo eso es hipócrita, sin otra ambición que dar cabida a la satisfacción de miserables seres egoístas que hay en el mundo.

Dígame usted: ¿Quién puede juzgarnos por amor? Todos confabulan y se unen para impedir que dos seres se unan; pero atados a convencionalismos y llenos de hipocresía. ¿Por qué S.E. y mi humilde persona no podemos amarnos? Si hemos encontrado la felicidad hay que atesorarla. Según los auspicios de lo que usted llama moral, ¿debo entonces seguir sacrificándome porque cometí el error de creer que amaré siempre a la persona con quien me casé?

Usted, mi señor, lo pregona a cuatro vientos: "El mundo cambia, la Europa se transforma, América también"... ¡Nosotros estamos en América! Todas estas circunstancias cambian también. Yo leo fascinada sus memorias por la gloria de usted.

¿Acaso no compartimos la misma? No tolero las habladurías, que no importunan mi sueño. Sin embargo, soy una mujer decente ante el honor de saberme patriota y amante de usted.

Su querida, a fuerza de distancia,
Manuela

Lima, a mayo 3 de 1825

A S.E. general Simón Bolívar
Mi amor idolatrado:

En la anterior, comenté a usted de mi decisión de seguir amándole, aún a costa de cualquier impedimento o convencionalismos que en mí no dan preocupación alguna por seguirlos. ¡Sé qué es lo que debo hacer y punto! No hay que burlarse del destino (este según usted es cruel, despiadado). No, yo creo que, por el contrario, nos ha hecho encontrar, nos dio la oportunidad de vernos e intercambiar opiniones de aquello que nos interesaba, de la causa patriota y, desde luego,… si no sabemos aprovechar esto, después se vengará de nosotros y entonces no tendrá misericordia ni piedad.

Usted que me tenía un poquito de amor ha permitido que la ilusión de usted se pierda, y yo veo todo con desesperanza. En todo lo que usted me escribe, deseo conocer algo de su pensamiento, como queriendo convencerme a mi manera y a mí misma, que usted tampoco está dispuesto a cortar nuestra relación. Véalo por usted mismo: nada hay en el mundo que nos separe, que no sea nuestra propia voluntad. La mía es seguir, a costa de mi reposo y mi felicidad. ¿Qué dice usted?

Suya,
Manuela

Lima, a 5 de mayo de 1825

A S.E. general Simón Bolívar
Muy señor mío:

¿Por qué se ha ido usted sin mí? ¿No ve que me ha hecho sufrir mucho? Dígame dónde está. Estoy muy triste, pero no puedo juzgarlo. Sé que al alejarse ha querido evitarme un gran dolor.

Usted tiene un corazón de oro, eso lo sé. Sin embargo, no quiero que se desobligue de mí. Yo, que estoy enferma de ansiedad y loca por la ausencia de usted únicamente puedo soportarlo todo a su lado; me sobra mucho, ¡Demasiado amor para dárselo! Lo único que me importa es su amor, sentirme segura en sus brazos.

Ahora dirá usted que soy libidinosa por todo lo que voy a decirle: que me bese toda, como me dejó enseñada, ¿no lo ve? ¿Cómo me las arreglaré sin la presencia de usted? Pregunto, ¿por qué me ha dejado enamorada? ¡Con el alma en pedazos! Usted dice que el amor nos libera. Si, pero juntos. Eso fue comprobado por lo de Junín; de lo contrario me siento encarcelada en mi desasosiego.

No le pido que piense en mí, dígame que me ha amado a mí más que a ninguna otra. Perdóneme el fastidio de mi delirio, pero es que lo adoro. Soy una mujer enamorada; tenga usted un poquito de compasión y consideración por mí.

Sé que lo que voy a decir no le gustará, pero sí: me muero de celos al pensar que podría usted estar con otra; pero yo sé que ninguna mujer sobre la faz de la tierra podría hacerlo tan feliz

como yo. ¿Orgullo? Piense usted que sí, ¡pero es la verdad más dichosa! Por su amor seré su esclava si el término amerita, su querida, su amante; lo amo, lo adoro, pues es usted el ser que me hizo despertar mis virtudes como mujer. Se lo debo todo, amén de que soy patriota.

Suya,
Manuela

Lima, a 9 de mayo de 1825

A Su Excelencia general Simón Bolívar
Muy señor mío:

Mucho me alegra conocer su sana ambición de crear esa nueva República, que tanta falta le hace como equilibrio a la organización política del Sur, dando lugar a establecer un orden y principio, regulando al Perú y a la Argentina el espacio de sus territorios.

Espero con profunda ansiedad ver colmadas sus aspiraciones, que sí son muy justas, en cambio en las lides de su interior no lo son. ¿Por qué privarse del goce infinito del amor? ¿Qué tan alta es la honra para que sobrepase a la del gran Bolívar y cuál es la cordura y la templanza que obligan al Libertador a enjuiciarse a sí mismo? Si una de las virtudes primordiales es la obediencia al amor, que la misma providencia auspicia en todo ser humano.

Dispénseme usted mi terquedad, pero en esto tengo razón; de lo contrario, mi desvergüenza arderá en mi contra como la culpable de su desasosiego. Quien lo ama hoy como nunca,

Suya,
Manuela

Lima, a 18 de mayo de 1825

General Simón Bolívar
Muy señor mío:

Yo solo sé que usted se hace más difícil en cuanto se entretiene en homenajes, muy justamente rendidos en honor a la gloria de usted; cosa que, en cierto modo, me resarce de su ausencia y me alimenta, en lo que en mí, refleja su sombra de gloria.

Sí, porque solo la sombra de usted, mi glorioso Libertador, es la que me cubre, en el absurdo de mi convivencia, en este hogar que aborrezco con todo mi corazón. Mi mortificación va en el sentido de la ausencia de usted, aunque no me entristece todavía, pues guardo su imagen constante como aliciente de este desatinado matrimonio; que lejos de enriquecerme me envilece, por el desagrado con el que atiendo las cosas de la casa como matrona.

Contésteme usted aunque sea solo una línea, ¿sí? Déle vida a esta pobre mujer que amargada por las circunstancias desea solo estar a su lado y no apartada de usted.

Suya,
Manuela

Lima, a 28 de mayo de 1825

Su Excelencia señor general Simón Bolívar
Muy señor mío:

El teniente Salguero vino en dejarme su apreciable del 17, en que me hace gracia de sus escapadas a las funciones de gala en los recibimientos y homenajes en honor a la gloria de usted.

Bien sabe que comparto esas estrategias por su seguridad de usted; pues a mi modo de ver, es muy válido el que su Estado Mayor se preocupe por su vida, siendo que los malvados lo buscan como si fuera usted el único responsable de todo lo que pasa aquí.

Me dio mucha alegría leer su entusiasmo en lo referente al Decreto y Leyes para la creación de la República Bolívar o "Bolivia", como S.E. se empeña en llamarla. Bien sabe que en usted veo que sí hay razón y juicio para tales fines, y no en los de creación de Santander.

Estimo muy conveniente que usted resuelva en correspondencia a este señor, su posición y educación de usted, así como todo lo que S.E. conoce y sabe, tanto en instrucción de libros sabios que usted ha estudiado, como en instrucción de milicia desde niño, para que le calme las dudas e intrigas, a satisfacción de la propia ignorancia de él.

La inteligencia de S.E. sobrepasa a los pensamientos de este siglo, y bien sé que las nuevas generaciones de esa provincia y de América, seguirán el resultado de las buenas ideas de usted, en procura de una libertad estable y hacienda saludables.

Le envío unos cariñitos y dulces que le encantan a S.E. Use el pañuelo que le bordé para usted, con mi amor y devoción, así como la camisa, que es inglesa. La compré a un vendedor que trajo mercadería

de una goleta que naufragó cerca del Callao, y por su mercancía sin aduana, no piense usted otra cosa. Lo amo desde lo más profundo de mi alma. Cuidado con las ofrecidas. ¡Qué de mí se olvida para siempre!

Suya,
Manuela

Cuartel General Arequipa, junio 8 de 1825

Mi adorada Manuelita:

Mi amor: tu hermosa carta del 1 de mayo y la perentoria del 3, me han hecho reflexionar en todas las circunstancias que nos afectan mutuamente. Añoro que en estas tierras no estés a mi lado, disfrutando de encuentros gloriosos con quienes premiaron al genio de mi Proyecto de Constitución Política del 16 de mayo, sobre la creación de la nación Bolívar.

Aquí todo es alegría, pues con recibirme con arcos triunfales y conducirme bajo palio, engalanan mi vanidad que no es otra que la satisfacción de ver cumplidos mis anhelos de crear una quinta República; quedando constituida por las cuatro provincias de Chuquisaca, Charcas, La Paz, Potosí y Cochabamba. Esto es mi vivo interés, para que no conste en parte de la nación Argentina, por lo del pronunciamiento del año 10, ni del Perú, que es otra a la cual perteneció.

Sé, mi amor, que en esto no hay otra cosa que los ensueños de tu maravillosa imaginación. No te mortifiques más. Tu corazón venturoso debe empeñarse con inquietudes que solo son los hechizos fatuos de la incomprensión de tu marido. Relegaría con gusto todo lo que aquí acontece, con el torbellino que mi pasión ansía invadir tu intimidad y la mía.

Mi agradecimiento es a todas tus atenciones y desvelos que llegan en procesión de sucesivos cariños, delicias y cuidados, que hacen sentir pobre mi descomedida actitud, que es solo por la fuerza de mis obligaciones aquí. Sí, perdóname. A partir de hoy, dedicaré un poco de tiempo a esta agradable tarea de escribirte.

Tu amante,
Bolívar

Cuartel General en Tunja, junio 16 de 1825

A la dulce, muy dulce y adorada Manuelita
Mi amor:

Sé que tienes mucha disposición hacia mí y que has aprendido todas las artes de la estrategia en el amor. Esto ha creado una deliciosa intimidad de pensamiento y afectos mutuos, que son ahora para mí un grato motivo de felicidad. ¿Sigues siendo la joya sagrada y sensual llena de encantos y atributos de belleza? Pues bien, querida amiga, yo sigo pensando y gozando de mi imaginación, aunque sé que no ignoras la magnitud de tu sacrificio si resuelves venir acá. Sí, yo invito, ¡Viva el amor en el raso y la seda, las camas mullidas con blandos colchones, los terciopelos rojos, las alfombras, la gloria de ver a una mujer más linda que Cleopatra, ejerciendo todo el poder de sus encantos sobre mis sentidos; el ludibrio de rasgar tus vestidos sin importar su costo, deshaciendo al mismo tiempo tu laborioso peinado de tocador.

Me atraen profundamente tus ojos negros y vivaces, que tienen el encantamiento espiritual de las ninfas; me embriaga sí, contemplar tu hermoso cuerpo desnudo y perfumado con las más exóticas esencias, y hacerte el amor sobre las rudimentarias pieles y alfombras de campaña.

Todo esto es una obsesión, la más intensa de mis emociones ¿Qué he de hacer? Tu ensoñación me envuelve en el deseo febril de mis noches de delirio. La moral, como tú dices, en este mundo es relativa; la sociedad que se gestó y ha surgido en esa desastrosa época de colonialismo es perniciosa y farsante; por eso no debimos actuar, como tú bien dices, sino al llamado de nuestros corazones.

Soy tuyo de alma,
Bolívar

/sin fecha

General Simón Bolívar
Muy señor mío:

Mi genio, mi Simón, amor mío, amor intenso y despiadado. Solo por la gracia de encontrarnos daría hasta mi último aliento, para entregarme toda a usted con mi amor entero; para saciarnos y amarnos en un beso suyo y mío, sin horarios, sin que importen el día y la noche y sin pasado, porque usted mi Señor es el presente mío, cada día, y porque estoy enamorada, sintiendo en mis carnes el alivio de sus caricias.

Le guardo la primavera de mis senos y el envolvente terciopelo de mi cuerpo (que son suyos).

Su Manuela

Cuartel General en Pucará, a 17 de junio 1825

Mi adorada Manuelita:

Mi amor, me gustó mucho lo que dices, que has ido a rezar, porque en verdad debemos tener fe en que estaremos juntos muy pronto; pero para ello trataremos de ser cada día mejores, más buenos que el anterior; aunque sobra decírtelo, porque tú naciste buena y humanitaria. Por esto me siento plenamente orgulloso de ti, porque sé de tus caridades y benevolencias. Me encanta que seas piadosa (aunque no lo eres tanto), amén de que te desvives por los desposeídos. De paso sé que haces respetar la imagen de la República con fervor y ahínco; solo que esto te trae mil contrariedades.

Cada vez que recuerdo tu hermosa figura viene a mí el goce de las noches de amor interminables, donde tú eres la amante deliciosa, y somos dos seres absorbidos por el amor que nos es esquivo, en tanto tus obligaciones y las mías distan mucho de acercarse, por la poca o ninguna, similitud de las mismas.

Si tuvieras obligaciones acá, entonces seríamos más dichosos, pues tu trabajo tendría que ver conmigo. Esto acaso en una suposición; entonces no nos separaríamos más.

Tuyo de corazón y de alma,
Bolívar

Cuartel General en el Cuzco, 10 de julio de 1825

Benevolente y hermosa Manuelita:

Ahora todo tiene significado en la grandiosidad de ser libres, transformándose en gloria con sabor a triunfo. He tomado muy en cuenta tu estimación sobre las apreciaciones que tiene Santander sobre mí, y le he escrito con mi acervo de propiedad y cultura, ampliando su concepto que de mí se lleva: mi cultura adquirida por el contacto con mis ilustres amistades, por el permanente saber en las inagotables fuentes de valiosos libros, y la inteligencia con que la Divina Providencia me ha distinguido. Te remito copia de la misma, por considerarla ilustre dentro de mi modestia; pues no tengo blanduras con nadie y menos con Santander. En lo que respecta a mi condición e integridad de ciudadano y hombre libre, él lo sabe.

Tuyo,
Bolívar

Lima a 14 de julio de 1825

A S.E. general Simón Bolívar
Mi amor idolatrado:

Hoy he recibido su apreciable del 16 de junio próximo pasado, que luego de leer con viva emoción me ha puesto a reír, cantar, llorar y bailar de emoción y alegría. Hasta la llegada de esta, he fumado tantos cigarros, que estoy ronca y con voz grave; por lo que Nathán se ha puesto a ridiculizarme, y casi la mato de un abrazo, como si fuera usted.

Déjeme usted estar feliz con mis caprichos y mis voluptuosidades, que desde luego contaré con detalles a usted; que sé, usted gozará en inmensidad de sus placeres mentales peregrinos. Bastante bien se ha llevado usted mi imagen, pues ¡no la pierda nunca! Sigo siendo bella, provocativa, sensual y deliciosa. ¡Ah! Mis encantos son suyos y cualquier sacrificio no sería nada, con tal de estar en la proximidad de usted.

Tiene su recuerdo tal cúmulo de retratos, que me hacen ruborizar, pero de deseo, sin romper mi intimidad o mi modestia.

Presto he terminado la lectura de su carta y me dedico a contestarle, con la invariable seguridad de que usted me seguirá escribiendo cartas de amor, que son el pretexto de seguir con vida. Lo amo tanto, que me sentí morir cuando S.E. partió. Yo no podría vivir sin siquiera recibir alguna noticia suya. ¿Ve usted la vehemencia con que lo pienso?

Suya,
Manuela

La Paz, 29 de septiembre de 1825

A Manuela la bella
Mi adorada Manuelita:

¡Vale más un grano de cebada que un hombre ansioso en espera del amor! Porque este es un derecho de nostalgia. Yo, que me jacto de tranquilo, ¡Estoy en penumbras de mi desasosiego! Solo pienso en ti, nada más que en ti y en todo lo que tienen de deliciosas tus formas. Lo que siempre está en mi mente atormentada por tus bellos recuerdos, es la imagen de lo que imagino en perenne fervor de tu amor y el mío.

¡Tú solamente existes en el mundo para mí! Tu prístina pureza y rocío tutelar es como un ángel que da ánimo, necesario para mis sentidos y mis deseos más vivos. Por ti sé que voy a tener la dicha inmensa de gozar los placeres de este y del otro mundo (el del amor), porque desde el principio supe que en ti existe todo lo que yo ansío en mis más caros anhelos.

No tildes mi actitud de indiferente y poco detallista, al igual que falta de ternura. Mira que esta distancia, de un sitio a otro, de que tú y yo estamos, solo sirve para alimentar en mayor escala el fuego creciente de nuestras pasiones. Al menos a mí, me aviva la delicia de tus recuerdos.

Olvida esa catarata de inválidas sospechas sobre mi fidelidad hacia ti, que solo van a envejecer tu ánimo y descarriar tus buenos deseos. Recapacita en todo lo que tú no puedes negarme, aun a través de la distancia, y hazlo por mi veneración hacia ti.

Contéstame, al menos esta, que lleva la fiebre de mis palabras. Ya me cansé de hacerlo yo sin tus respuestas.

¡Oh! ingratitud indolente. ¡Hazlo en favor de una orden expresa, de tu más fino adversario en los campos del amor! Si no, atiende al próximo "consejillo de guerrilla", por indisciplina e insubordinación, al faltar acatamiento a una orden superior.

Para la más bella y adorada de mis oficiales, "Manuela la quisquillosa".

Soy tuyo de corazón,
Bolívar

Cuartel General en Potosí, a 9 de octubre de 1825

A la señora Manuela Sáenz
Mi hermosísima Manuela:

Me encuentro verdaderamente eufórico hoy, por haber recibido noticias tuyas, traídas por Heres. Aún no encuentro el tiempo adecuado para sentarme a escribirte largo. Mi condición exige, por ahora, otras pruebas y todo es pasado, sin que se tenga más que comentar de los asuntos de la nueva Administración Pública aquí. Pasaré a Chuquisaca, donde me alcanzará Sandes para cuando él regrese.

Mi pasión hacia ti se aviva con la brisa que me trae tu aroma y tu recuerdo. Existes y existo para el amor, ¿o no? Ven para deleitarme con tus secretos. ¿Vienes?

Tu amor idolatrado de siempre,
Bolívar

Potosí, 13 de octubre de 1825

Mi querida amiga:

Estoy en la cama y leo tu carta del 2 de setiembre. No sé lo que más me sorprende: si el maltrato que tú recibes por mí o la fuerza de tus sentimientos, que a la vez admiro y compadezco.

En camino a esta villa, te escribí diciéndote, que, si quisiérais huir de los males que temes, te vinieses a Arequipa, donde tengo amigos que te protegerán. Ahora te lo vuelvo a decir.

Dispénsame que no te escriba de mi letra: tú conoces esta.

Soy tuyo de corazón
Bolívar

Plata, 26 de noviembre de 1825

Mi amor:

¡Sabes que me ha dado mucho gusto tu hermosa carta! Es muy bonita, la que me ha entregado Salazar. El estilo de ella tiene un mérito capaz de hacerte adorar por tu espíritu admirable. Lo que me dices de tu marido es doloroso y gracioso a la vez. Deseo verte libre, pero inocente juntamente; porque no puedo soportar la idea de ser el robador de un corazón que fue virtuoso, y no lo es por mi culpa. No sé cómo hacer para conciliar, mi dicha y la tuya, con tu deber y el mío: no sé cortar este nudo que Alejandro con su espada no haría más que intrincar más y más; pues no se trata de espada ni de fuerza, sino de amor puro y de amor culpable; de deber y de falta; de mi amor, en fin, con Manuela, la bella.

Bolívar

Lima, 27 de noviembre de 1825

Señor:

Estoy muy brava y muy enferma. Cuán cierto es que las grandes ausencias matan el amor, y aumentan las grandes pasiones. Usted, que me tendría un poco de amor, la gran separación lo acabó. Yo, que por usted tuve pasión y esta la he conservado por conservar mi reposo y mi dicha, que ella exista y existirá, mientras viva Manuela.

El general Sandes llegó y nada me trajo de usted. ¿Tanto le cuesta el escribirme? Si tiene usted que hacerse violencia, no lo haga nunca...

Yo salgo el primero de diciembre (y voy porque usted me llama), pero después no me dirá que vuelva a Quito, pues más bien quiero morir que pasar por sinvergüenza.

Estoy con un gran dolor de cabeza, y en cama me vio el general Sandes.

Manuela

Chuquisaca, a 23 de enero de 1826

General Simón Bolívar
Muy señor mío:

Mi amor, ¿qué tal el viaje? En la faltriquera le hice poner unos bocadillos, ¿los comió usted? Eran de sorpresa, de lo mucho que lo amo, para que usted piense en mí como yo lo hago con usted. Páselo bien y recuérdeme siempre.

De su amor desesperado, para mi hombre único,

Manuela

Chuquisaca, a 8 de febrero de 1826

General Simón Bolívar

Mi amor: yo me siento muy afligida por la circunstancia de usted. No puedo más con mi pasión que lo venera a Ud. Ya conoce mis sentimientos y todo lo que es para mí.

Me reanima el saberlo dentro de mi corazón. Lejos mi Libertador no tengo ni descanso ni sosiego; solo espanto de verme tan sola sin mi amor de mi vida. Usted merece todo; yo se lo doy con mi corazón que palpita al pronunciar su nombre.

Manuela,
Que lo ama locamente.

Chuquisaca, a 15 de febrero de 1826

General Simón Bolívar

Escribo muy de prisa, porque parte ahora mismo el general Sandes para la Magdalena. Me dicen que usted ya se instaló.

¿Cómo lo pasa sin mí? Yo acá estoy muriéndome de ganas de verlo.

Tanto que lo adoro y usted no me contesta ninguna. ¿Se encuentra muy ocupado? Yo igual, pero siempre pienso en Ud. ¿Piensa usted en mí?

Su Manuela

Chuquisaca, a 26 de febrero de 1826

General Simón Bolívar
Mi amor:

He tenido la gran satisfacción de recibir noticias frescas, que me han causado la alegría más viva, por el recibimiento en triunfo a V.E., en Lima; cosa que me honra en lo que a mí me toca. Yo también lo admiro (y no estoy celosa), y me empeño en que las cosas acá salgan bien en su nombre.

Sé que usted en todas partes es admirado y yo me halago por ello, con la confianza de que usted estará pensando en mí, como lo hago yo con usted.

Su Manuela

Chuquisaca, a 17 de marzo de 1826

General Simón Bolívar
Mi amor:

Le escribo a usted diciéndole que me conteste al menos esta. Su Manuela quiere darle el fervor de mi corazón, ¿lo recibe Ud.? Yo lo amo de verdad ¡y usted a mí no! y punto. Se fue sin que la distancia le causare el más leve remordimiento; así está de acostumbrado.

Por compasión escríbame, para renovar al menos esa amistad, que sí la creo sincera. Si antes he querido sus halagos como una dádiva de su amor por mí, hoy lo sufro por la ausencia de usted. Si ya no me necesita ¡Dígame! Y no insistiré más.

Manuela

Lima, 6 de abril de 1826

Mi querida amiga:

Mucho me complacen tus amables cartas y la expresión de tus cariños; son mi placer en medio de la ausencia. Ya digo a Sucre, que te recomiendo nuevamente, y no más. A tu mamá, que no se vaya por nada, nada, nada: mira que yo me voy a fines de este para allá sin falta. Espérame a todo trance. ¿Has oído? ¿Has entendido??? Si no, eres una ingrata, pérfida y más aun que todo esto, eres una enemiga.

Tu amante.
Bolívar

La Magdalena, a 16 de abril de 1826

Adorada Manuelita:

Hoy empiezo un régimen disciplinario que me será muy útil en el desempeño de mis posteriores acciones. Dormiré pocas horas, rendiré culto a la templanza y a la castidad, virtudes merecedoras del respeto del hombre.

Mis ejercicios empezarán al despuntar el alba y mi dedicación será la correspondencia, en la que tú no serás excluida bajo pretexto de mi condición. ¡No! Por el contrario, tu imagen absorbe mis pensamientos en la cálida hermosura de tus recuerdos, que me hacen sufrir tanto. Vital es que no me olvide de ti, pues atesoro mil esfuerzos por conseguir tales disciplinas en el intento de encontrarme más activo para cuando tú y yo estemos juntos.

Siempre tuyo,
Bolívar

Lima, abril 20 de 1826

Mi adorada Manuelita:

Tú me acechas entre el lecho de las acacias y los cedros, aprisionando mi pobre humanidad entre tus brazos. Yo me entrego a tal prisión como raptado por el encanto de tu sutil sonrisa y tu audacia, en méritos estratégicos para aparecerte como Diana en los jardines de Odiseo.

Contigo estoy dispuesto a llenarme exasperado de las satisfacciones propias del amor. Este altar de Venus vale bien trocarlo por el trajín del servicio a Marte; en el que pondré también mi más caro empeño, en la magnitud de mis esfuerzos. Espérame en el huerto de "Chuquiguada", con tu vivaz encantamiento de sorpresas.

Te amo,
Bolívar

P.D.: El viaje me demoró dieciocho días hasta Chuquisaca.

Chuquisaca, a 17 de mayo de 1826

General Simón Bolívar

Estimado señor:

Qué falta de amabilidad tiene usted, pues ya se olvidó (conmigo) de las finezas. Bien es cierto que las grandes ausencias a Ud. no le afectan el ánimo, y las tiene como pretexto para olvidarse de mí. Yo le pregunto: ¿He cometido algún pecado que no sea el darle todo mi amor, aun privándome del de mi fortuito marido? Yo digo ¡No y basta!

No me he olvidado de las obligaciones que tengo para con usted, o mejor para con el ejército. Pero si tengo que entregar el archivo, será el último día en vísperas de mi viaje a Londres con James, ya que así lo he determinado.

Le confieso que es para mí una decisión terrible; pasarme de los míos y de mi país; porque no sé con qué me voy a encontrar allá. Usted siempre ha dicho que las cosas finas son delicadas y mi amor por usted se encuentra resentido, por lo acrisolado del sufrimiento de saberlo mío y no tenerlo junto a mí:

No quiero que usted se forme algún concepto de que yo le hago fuerza para que me ame, si no lo siente de verdad, ¿Qué puedo yo esperar? Usted dirá que me quejo demasiado, pero es injusto su olvido y su silencio, y tan solo le pido de favor me permita siquiera verle con los ojos antes de marcharme.

Al único hombre de mi vida,

Suya,
Manuela

La Magdalena, julio de 1826

Mi adorada:

¿Con que tú no me contestas claramente sobre tu terrible viaje a Londres??? !!! ¿Es posible, mi amiga? ¡Vamos! no te vengas con enigmas misteriosos. Diga Ud. la verdad, y no se vaya Ud. a ninguna parte: yo lo quiero resueltamente.

Responde a lo que te escribí el otro día de un modo que yo pueda saber con certeza tu determinación.

Tú quieres verme, siquiera con los ojos. También yo quiero verte y reverte y tocarte y sentirte y saborearte y unirte a mí por todos los contactos. ¿A que tú no quieres tanto como yo? Pues bien, esta es la más pura y la más cordial verdad. Aprende a amar, y no te vayas ni aun con Dios mismo.

A la mujer única, como tú me llamas a mí.

Tuyo
Bolívar

Lima, a octubre 4 de 1826

A S.E. El Libertador Simón Bolívar:

Ahora que usted se ha marchado por mi insistencia, encuentro más descaro en los que Ud. confiaba ciegamente, y quienes se atreven al vituperio de su persona sin recato ninguno. Siga usted así, y yo seré testigo de su desgracia, que no quiero.

¿Qué es usted un caballero? Acepto, pero no deje usted a los infames denigrar de su persona sin que reciban castigo merecido. Usted tiene el poder, ¿Por qué no lo emplea? ¿Tiene recelo? Yo le digo que yo misma me he enfrentado, brazos en jarra, para disputar su honor. ¿Me ve usted a mí? Yo sí pienso en usted y no me importa qué me pase, pues sabré de qué se trata. Cuídese usted, que anda sin prevención de sus enemigos, que usted no cree.

De la mujer que lo idolatra,
Manuela

Ibarra, 6 de octubre (1826)

Mi encantadora Manuela:

Tu carta del 12 de septiembre me ha encantado: todo es amor en ti. Yo también me ocupo de esta ardiente fiebre que nos devora como a dos niños. Yo, viejo, sufro el mal que ya debía haber olvidado. Tú sola, me tienes en este estado. Tú me pides que te diga, que no quiero a nadie.

¡Oh! No, a nadie amo: a nadie amaré. El altar que tú habitas no será profanado por otro ídolo ni otra imagen, aunque fuera la de Dios mismo.

Tú me has hecho idólatra de la humanidad hermosa o de Manuela. Créeme: te amo y te amaré sola y no más. No te mates. Vive para mí, y para ti: vive para que consueles a los infelices y a tu amante que suspira por verte.

Estoy tan cansado del viaje y de todas las quejas de tu tierra, que no tengo tiempo para escribirte con letras chiquiticas y cartas grandotas como tú quieres. Pero en recompensa, si no rezo, estoy todo el día y la noche entera haciendo meditaciones eternas sobre tus gracias y sobre lo que te amo; sobre mi vuelta y lo que harás y lo que haré cuando nos veamos otra vez. No puedo más con la mano. No sé escribir.

Bolívar

Pasto, a 13 de octubre de 1826

Mi adorada Manuela:

Recibí tu carta del 29 de septiembre, justamente en el momento más ocupado; ocupación que he dejado de lado por satisfacerme y atender tus dulces palabras, que convierten mi corazón en un reloj desacompasado por la nostalgia.

Tú sola me has robado el alma y yo me ocupo solo de pensar en ti. Nada distrae más mi atención y mis ocupaciones que el interrogante de tu mirada sobre mi amor a ti.

¿Qué diré yo si no te tengo junto a mí? ¡Hagamos juntos un propósito! ¡Qué sea a la hora del té, cuando tú te conviertas a mis pensamientos y los míos se vayan con los tuyos! ¿Te gusta? De todas maneras, esta conexión solo tiene su triunfo en la esperanza que tengo de regresar y de confundirme con tu aliento.

Tu amante idolatrado,
Bolívar

Ibarra, 18 de octubre de 1826

Adorada y consentida Manuelita:

Tu carta del 29 de septiembre me ha arrobado el corazón. Solo puedo responderte con la virtud de mi vejez con la cual me siento obligado a idolatrarte. Tu prueba de amor siempre me fue dada. Tú insistes en la declaración eterna de mi amor a ti. Manuela mía, ¿acaso crees que olvido tu inquisitiva mirada, cuyos ojos arrebatadores sobre el óvalo, de tu rostro avivando, lo suculento de tus labios? ¡No!

¡Si hablar pudiera y revivir así, tu generosidad que ha alegrado mi vida con tus gracias! ¡Solo te amo a ti! Me pides que te haga un halago: te envío un delicado arte en filigrana de oro y plata y esmalte de ese azur que te encanta, y en plata aquello que evoca el baile cuando robaste mi atención y mi devoción por ti. Quiero tocarte y verte y saborear todos tus encantos.

Tuyo de corazón,
Bolívar

Bogotá, a 22 de noviembre de 1826

Presidencia de la República
A la señora Manuela Sáenz
Mi adorada Manuelita:

Solo en ti encuentro esa amistad y finura que me son tan queridas; ya que no hay nadie que guarde el respeto a su Libertador y Presidente, y quien no sienta repulsión por el manejo del Gobierno; tanto yo mismo, he tenido que enfrentarme a la desvergüenza de algunos de mis oficiales, como del coronel Ortega; por su irresponsable administración en la Intendencia de Fontabón.

Te comentaré, que llegué con ánimos exaltados a Bogotá, y supe que Santander se aprestaba a desconocerme, no sin antes haber preparado ciudadanos en mi contra, con el fin de rechazar la reprimenda que le llevaba por sorpresa.

Hube de recatar mi valentía y coraje, por salvaguardar el orden y la disciplina por los que tanto he bregado. Solicitaré del Congreso las facultades extraordinarias, a fin de resolver bajo esta investidura las emergencias, incluida la de Páez en Venezuela.

Sin otro particular, te reitero mi adoración y amor que tanto te debo.

Tuyo,
Bolívar

Guayaquil, a 7 de febrero de 1827

General Simón Bolívar
Muy señor mío:

Pensé no escribir a usted este correo por lo de Colombia, créame que me apena mucho. Por mi intuición, sé que Santander está detrás de todo esto y alentando a Páez. ¿Se fija usted? Cuide sus espaldas. Voy rumbo a Quito por haber sido expulsada junto con el cónsul Azuero y el general Heres desde Lima.

En el viaje a Guayaquil, Córdoba se mostró displicente para conmigo, aunque no necesito demostraciones de afabilidad, pero sí con usted y con todo lo que tenga que ver en su autoridad como Presidente de la República.

En Lima, apresaron al general Heres el 26 de enero pasado, junto con los otros jefes militares y en contra de la constitución Boliviana.

Bustamante encabezó esta sublevación, negándome ver a Heres. Acudí a un amigo suyo, cosa que resulta infamatoria por el temor de este, a que lo descubrieran. Al día siguiente (el 27), me aparecí vestida con traje militar al cuartel de los insurrectos, y armada de pistolas con el fin de amedrentar a estos y librar a Heres.

Mi intento fracasó por falta de apoyo y táctica (qué bien si usted hubiera estado allí); fui apresada y mantenida por varios días incomunicada, totalmente, en el monasterio de las carmelitas. Sin embargo, varias veces pude lograr escaparme hasta la sacristía y entrevistarme con las personas que le son fieles a su autoridad de usted. Pude repartir algunos pesos entre la tropa y lisonjearme con sus debilidades; pero puesta sobreaviso de que en veinticuatro horas debía embarcarme para Guayaquil o quedar definitivamente presa, opté por salir.

Sé que usted se encuentra muy enfadado, y no es para menos. Cuánto quisiera estar a su lado y reconfortarlo dándole ánimo. No se preocupe por mí; dese usted cuenta que sirvo hasta para armar escándalos a su favor. Usted, cuídese. Si usted me invita voy presurosa en cuanto llegue esta.

Su amor que le ama con locura.

Suya,
Manuela

Cuartel General de Caracas, a 5 de abril de 1827

Mi adorada Manuelita:

Mucho me he preocupado por tus aventuras, y más el que te torturen en mi nombre cuando se entiende el riesgo de tu vida en esas circunstancias. Yo, el glorioso Bolívar, tengo que decirte que no esperaba una satisfacción tan grande para mi corazón, que el sentirme pletórico de confianza por esa amable locura tuya. Gracias a la Providencia te encuentras bien y a salvo. Te ruego disculpar mi indolencia al no escribirte, pero más de un asunto me trae de cabeza.

Tu hazaña ha dejado la huella del respeto que te mereces, pero también ha sembrado la semilla del rencor y odio gratuitos, que nos son comunes y semejantes, cuanto más, al estar juntos.

He dado las órdenes pertinentes respecto al Perú, que no debe preocuparte. Acá no son lisonjeras las noticias ni agradables los consejos; pero mi alma vela por una patria desprovista de toda ambición infame. Todo está arreglado con Páez, pero con Santander va de largo; espero arregles tus asuntos en Quito, y deseo con todo mi corazón verte nuevamente; ven a Bogotá. Lo espero con un ansia infinita, que colma mis pensamientos. Yo la amo a usted, querida mía, de gratitud. Venga usted, resueltamente.

Soy con toda consideración y sentimiento de amor para mi Manuela,

Bolívar

(fines de febrero de 1828)
(a Bolívar)

En correo pasado, nada dije a usted sobre Cartagena por no hablar a usted cosas desagradables; ahora lo hago felicitándole, porque la cosa no fue como lo deseaban. Esto más ha hecho Santander, no creyendo lo demás bastante; es para que lo fusilemos.

Dios quiera que mueran todos estos malvados que se llaman Paula, Padilla, Páez, pues de este último siempre espero algo. Sería el gran día de Colombia el día que estos viles muriesen; estos, y otros son los que le están sacrificando con sus maldades, para hacerlo víctima un día u otro. Este el pensamiento más humano: que mueran diez para salvar millones.

Incluyo a usted esas dos cartas de Quito, y creo de mi deber decir a usted que ese señor Torres es hombre muy honrado y buen amigo. Si lo hace yo quedo contenta, y si no, también, pues yo cumplo con Aguirre con esta insinuación y usted sabe bien que jamás he hablado a usted más que por desertores o condenados a muerte; si usted los ha perdonado, lo he agradecido en mi corazón sin hacer ostentación; si no los ha perdonado, lo he disculpado y sentido sin sentirme; yo sé bien cuánto puedo hacer por un amigo, y ciertamente, no es comprometer al hombre que más idolatro.

Adiós, señor. Hace cinco días que estoy en cama con fiebre, que creí ser tabardillo, pero ha cedido y solo tengo ya poca calentura, pero mucho dolor de garganta, y apenas puede escribir su

Manuela

Bogotá, marzo 26 de 1828

Adorada Manuelita:

Gracias doy a la Providencia por tenerte a ti, compañera fiel, tus consejos son consentidos por mis obligaciones, tuyos son todos mis afectos. Lo que estimas sobre los generales del Grupo "P" (Paula, Padilla, Páez) no debe incomodarte; deja para las preocupaciones de este viejo, todas tus dudas. Espero seguir recibiendo tus consideraciones, como el amante ansioso de tu presencia.

Te ama,
Bolívar

Bucaramanga, 3 de abril de 1828

Albricias

Recibí, mi buena Manuela, tus tres cartas que me han llenado de mil afectos: cada una tiene su mérito y su gracia particular. No falté a la oferta de la carta, pero no vi a Torres, y la mandé con Ur., que te la dio. Una de tus cartas está muy tierna y me penetra de ternura; la otra me divirtió mucho por tu buen humor; y la tercera, me satisface de las injurias pasadas y no merecidas. A todo voy a contestar con una palabra más elocuente que tu Eloísa, tu modelo. Me voy para Bogotá, ya no voy a Venezuela. Tampoco pienso en pasar a Cartagena, y probablemente nos veremos muy pronto. ¿Qué tal?, ¿no te gusta? Pues, amiga, así soy yo, el que te ama con toda su alma,

Bolívar

Bucaramanga, a mayo 18 de 1828

Mi adorada Manuela:

Me encuentro aquí, solo, en esta ciudad que me turba con las noticias que a diario recibo de las deliberaciones de la Convención de Ocaña; sé que me falta tu consejo y tu presencia, aquí donde todo me es ingrato.

La Gran Colombia se sumerge en la discordia de los partidos y no queda otro camino que sucumbir, o la dictadura. ¿Qué me aconsejas?

Mi fiel acompañante Lacroix toma nota minuciosa de mis descargas de ánimo, y me dice durante largas jornadas de conversación, que la patria y la historia me deben todo. En eso concuerda contigo, y me hace recordarte. Pero no solamente esta nostalgia te trae a mi mente; pues se trata del ansia con la cual mis sueños se iluminan con tu mágica sonrisa. Sí, aún añoro esos besos tuyos y tus fragancias.

Tuyo,
Bolívar

Bogotá, julio 29 de 1828

Simón, mi hombre amado:

Estoy metida en la cama por culpa de un resfrío; pero esto no disminuye mi ánimo en salvaguardar su persona de toda esa confabulación que está armando Santander.

¡Dígame usted! que por esto pesqué el resfrío, por asistir a una cita. Supe esta tarde, a las diez, los planes malvados contra su Ilustre persona, que ya perfeccionan Santander, Córdoba, Crespo, Serena y otros, incluidos seis ladinos. Incluso acordaron el santo y seña.

Estoy muy preocupada, y si me baja la fiebre voy por usted, que es un desdichado de su seguridad.

Manuela

Bogotá, agosto 1 de 1828

General Simón Bolívar
Señor mío:

Le ruego, por lo que más quiera en este mundo (que no soy yo), no asista a ese baile de disfraces; no porque usted se encuentre obligado a obedecerme, sino por su seguridad personal, que en mucho estimo; cosa que no hacen sus generales, ni la Guardia.

Desista usted ¡por Dios! de esa invitación, de la cual no se me ha hecho llegar participación, y por esto haré lo que tenga que hacer, en procura de su desistimiento. Sabe que lo amo y estoy temerosa de algo malo.

Manuela

Bogotá, agosto 7 de 1828

Señor general Simón Bolívar
Muy señor mío:

Tengo a la mano todas las pistas que me han guiado a serias conclusiones de la bajeza en que ha incurrido Santander, y los otros, en prepararle a usted un atentado. Horror de los horrores, usted no me escucha; piensa que solo soy mujer. Pues sepa usted que sí, además de mis celos, mi patriotismo y mi grande amor por usted, está la vigilia que guardo sobre su persona que me es tan grata para mí.

Le ruego, le imploro, no dé usted la oportunidad, pues han conjurado al golpe de las doce, ¡asesinarlo! De no escucharme, usted me verá hacer hasta lo indebido por salvarlo.

Manuela

Cuartel General en Ibarra, noviembre 2 de 1829

Mi adorada Manuelita,
Mi amor:

Tengo el gusto de participarte con albricias la conclusión del tratado de paz con el Perú, que fuera firmado y ratificado el 22 de Sept. pasado; para dar así, la anhelada paz a la Gran Colombia.

Próximamente, salgo en camino hacia Popayán. Muy pronto nos veremos. Estoy terminando un oficio que enviaré al Ministerio de Relaciones Exteriores, para prevenir al Consejo de Ministros que suspenda toda negociación sobre monarquía, y deje al próximo Congreso decidir sobre los intereses de esta nación. Creo firmemente, con estas disposiciones, acabar con esa odiosa propuesta que empaña la gloria de la libertad. Guárdame en tu corazón y cuéntame pormenores de la política. Te diré, que pienso firmemente en apoyar a Sucre como mi sucesor. Ojalá sea respaldado por todos.

Te ruego prepares algo de esto, que me interesa mucho por el futuro de la Gran Colombia. Mi amor, espérame con esa ansia con que te dignas amarme.

Soy siempre tu más fiel amante, de alma y corazón.
Bolívar

(11 de mayo de 1830)

Mi amor:

Tengo el gusto de decirte que voy muy bien y lleno de pena, por tu aflicción y la mía, por nuestra separación. Amor mío, mucho te amo, pero más te amaré si tienes ahora más que nunca mucho juicio. Cuidado con lo que haces, pues si no, nos pierdes a ambos perdiéndote tú.

Soy siempre tu más fiel amante.
Bolívar

Soledad, 10 de septiembre de 1830

Adorada Manuelita:

Tu conducta y la mía, que estrechan nuestra relación con el cúmulo de la sensualidad que corre por tus venas y las mías, le dan a esta pasión enfermiza, el desenfreno de mis sentidos irritados por el mal que ha invadido ya mi pobre humanidad. Y todo esfuerzo que consigo por el trajín continuo del trabajo intelectual y físico, casi desborda en el vivo interés que me hace recordarte.

No te hagas esperar, ven por favor, te ruego, pues muero ahora y sé que tú me piensas vivo.

Soy tuyo.
Bolívar

Cartagena, a 20 de septiembre de 1830

Mi adorada Manuelita:

Tú me reprochas el haberte dejado. ¿Acaso no fue siempre lo mismo? Temprano el día, sin el calor de tu cuerpo, era el mismo vacío en esa estancia. Las circunstancias adversas al sentimiento de estos dos pobres seres, mendigos del amor, lo impidieron todo.

Ahora viejo y sin fuerzas, solo tú eres la inspiración de lo que en mí agoniza. Un hombre como yo, metido en esta rutina que martiriza mi alma, siente la necesidad de tu compañía.

A los demás no les tolero; es más, provocan en mí lo impredecible de mi conducta, y con denuestos inmerecidos les respondo a quienes siempre me han servido.

Ven, te ruego, calma mi angustia y lo senil de mis antojos.

Tuyo siempre,
Bolívar

Turbaco, a 2 de octubre de 1830

Mi adorada Manuelita:

Tú, Manuela mía, con tu férrea voluntad te resistes a verme. Tu influencia sobre mi espíritu ya no está más conmigo, y turbado por la circunstancia de la amistad y el dolor de separarme para siempre de la patria, que me dio la vida, no encuentro consuelo.

Donde te halles, allí mi alma hallará el alivio de tu presencia aunque lejana. Si no tengo a mi Manuela, ¡no tengo nada! En mí solo hay los despojos de un hombre que solo se reanimará si tú vienes. Ven para estar juntos.

Vente, ruego.

Tuyo,
Bolívar



Cartas sin fecha

Simón
Mi hombre idolatrado:

Señor: no siga más enfadado conmigo; usted sabe que yo no tengo la culpa, ¿sí? No pensé encontrar esas gentes en su casa, señor, ¿Cree usted que puedo verle? Cuando usted estime conveniente atenderé a su llamado. ¿Me perdona usted?

P.D. ¿Comió el almuerzo? Lo preparé para usted.

Suya,
Manuela

Simón
Mi amor:

Mi Simón triste y amargado. Mis días también se ven rodeados por una huraña soledad, llena de la nostalgia hermosa de su nombre.

También miro y retoco el color de los retratos que son testimonio de un momento aparentemente fugaz. Las horas pasan impávidas ante la inquietud ausente de sus ojos, que ya no están conmigo; pero que de algún modo siguen abiertos, escrutando mi figura.

Conozco al viento, conozco los caminos para llegar a mi Simón; pero yo sé que aún así no puedo responder a ese interrogante de tristeza que ponen las luces en su rostro, y su voz que ya no es mía, ya no me dice nada.

Manuela

General Simón Bolívar
Señor mío, mi amor:

No me basta decir te quiero; por eso lo escribo, por la necesidad y el apremio de mi pecho.

Quiero grabarlo en las nubes, en el cielo de mi Quito quiero; en el Pichincha es mi anhelo, y en su Colombia como una antorcha, inundada de luz por nuestro amor y por la gloria.

Lléveme con usted al mismo abismo, donde grito y ruego que lo quiero. Deje Ud. allí crecer mis besos y esos besos suyos bajo el sol de la esperanza y en silencio, como crecen las flores, en esa tierra suya donde vieron nacer su hombría y sus desvelos.

Su Manuela

Simón
Mi amor:

Hay algo en usted que nunca he conquistado; es algo que no me pertenece, me conturba y estremece; algo en ese amor suyo que aún no he encontrado: atormentado e indefinible. Yo tengo ansiedad en las noches y no amanece, como un suplicio voraz que come y crece entre está mi carne viva allí escondida.

Mi llanto y mi voz son mis espantos. Grito, en el abismo, sin eco y sin resuello. Amor, Simón, mi daga interna, ¿por qué, si hasta su nombre me levanto, hay algo en usted que nunca se me entrega?

Dígamelo usted,
Manuela

Mi Simón:

En mi soledad y desesperación, gimo por la ausencia de usted. ¡No ve que es agonía! Déle un poquito de su amor, a su amor que lo venera. No se haga usted a ruegos, que usted no es de esa calaña. Yo oigo dentro de mí misma la voz de usted. ¿Por qué se niega usted a verme? ¿No es suficiente lo que le digo, o me cree usted loca? ¡Sí, lo estoy, y perdida! Por su culpa de usted, ¿cómo no estarlo? Téngame compasión; sí, no se olvide de mí. Sabe que yo soy solo suya.

¿Quiere que vaya? ¿Viene usted?

Manuela

General Simón Bolívar
Muy señor mío:

Escribo esta, para hablarte de otro tema, ya que me siento en calma, pues recibí su apreciable del 5. ¿Ve que sí puede ser amable conmigo? Tres leguas no son camino para usted. ¿Por qué no viene a visitar a su más fiel amiga y conversar sobre lo que me dice de la libertad de palabra?

¿Juzga usted mis actos? Pues le diré: esto distingue al hombre de las bestias, y marca el límite entre el rugido y la maledicencia. Convierte a cada hombre en actor de su misma tragedia o en legislador de su patria.

Si una palabra sola puede cambiar el curso de la historia, otra palabra, en la oscuridad, derrota la tormenta.

Amor,
Manuela

General Simón Bolívar
Muy señor mío:

Sobre esos sueños suyos que tanto le preocupan, pienso que nada hay más normal que, un hombre ligado a la guerra, vea en sueños esos rostros que se desfiguran y esos hombres que desaparecen bajo la garra cruel, de la muerte oculta detrás de las montañas.

Mi Simón, no piense usted en eso, dele un vistazo a su trayectoria, su benevolencia y el favor que usted hizo libertando estos pueblos, y olvide la villanía con que se manifiestan. Usted siempre ha querido la paz y esta ha tenido que escribirse con sangre y, desafortunadamente, esculpida con la piel de los que han muerto.

Olvide usted esos fantasmas que tanto daño le hacen y piense en alguien hermoso, como su

Manuela

Mi adorado Simón:

Este último mes ha sido de conversar con usted. Me siento muy feliz de leer sus apreciables que ahora recibo con mayor frecuencia. Me hacen recordar la fruición con que nos escribíamos en Perú.

He de preguntarle ¿A qué tanta ley santanderista? Solo sirve para desplazar su autoridad cada día más del Gobierno. ¿No se da usted cuenta? Pare ya eso. Después, no dirá que no se lo advertí. Yo tengo mis reservas con el tal Carujo; no voltee ante ellos nunca sus espaldas.

Si quiere, le mando el almuerzo con patacones como a Su Excelencia le gusta,

Manuela

General Simón Bolívar
Muy señor mío:

Dice usted que sabe y conoce cómo es mi amor hacia usted. Sin embargo, le escribo a usted esta y le nombro siempre. Así soy yo, que sí me entusiasmo por usted solo con nombrarlo. No tengo otro aliciente. ¡No! Porque ni siquiera usted me contesta. ¿Tanto le cuesta hacerlo? ¿Será porque ya no soy la dueña de sus sueños? Dígamelo usted sin ambages, que yo de frágil no tengo nada. Solo con mis delirios de grandeza junto a usted me consuelo.

¡Desvaríos, desvaríos! Ojalá usted en los suyos me tuviera.

Manuela

(Desde Lima)

Señor:

Yo sé que usted estará enfadado conmigo, pero yo no tengo la culpa; entré por el comedor y vi que había gente; mandé a llevar candela para sahumar unas sábanas al cuarto inmediato, y al ir para allá, me encontré con todos. Con esta pena ni he dormido, y lo mejor es, señor, que yo no vaya a su casa sino cuando usted pueda o quiera verme. Dígame si come algo, antes de todos.

P.S. – Va un poco de almuerzo que le gustará. ¡Coma, por Dios! ¿No?

Manuela

Manuela mía:

Mi más profunda pasión y mi total fidelidad serán la muestra de la entrega a la mujer única que adoro con todo mi corazón.

Yo no deseo más que estar en tus brazos. Mis pensamientos se iluminan con tu hermosura, que traspasa los horizontes para venir a mi encuentro, y tal suceso hace que mi corazón se incline a tomar una decisión muy firme: no me separaré más de mi Manuela.

El amor de tu vida,
Bolívar

(A Manuela Sáenz)

El hielo de mis años se reanima con tus bondades y gracias. Tu amor da una vida que está espirando. Yo no puedo estar sin ti, no puedo privarme voluntariamente de mi Manuela. No tengo tanta fuerza como tú para no verte: apenas basta una inmensa distancia; te veo aunque lejos de ti. Ven, ven, ven luego.

Tuyo de alma.
Bolívar

Diario de Quito de Manuela Sáenz



19 de mayo de 1822

Hemos llegado a Quito sin novedad. El ejército se desvió en Tambillo y nosotras seguimos hacia el Norte, hasta la plaza de San Francisco, donde nos apeamos para llegar en andas hasta la casa.

20 de mayo de 1822

Los chapetones miran con mucho recelo a todo recién llegado, piden salvoconducto y demás cédulas de tránsito, a fin de realizar algún hallazgo de "sedición" que es su término favorito.

22 de mayo

Hay noticias de que es probable se entable batalla con el enemigo, ya sea en las afueras o dentro de Quito; los realistas están en vigilia por toda la población y no dejan de meter sus narices en todo y reuniones; poniendo fin al encanto de hacerles estallar la pólvora en las patas.

Yo estoy enviando ahora mismo una ración completa a la compañía de la Guardia del Batallón "Paya" y cinco mulas para su abastecimiento y reponer las pérdidas. No espero que me paguen; pero si este es el precio de la libertad, bien poco ha sido.

23 de mayo de 1822

Hoy, a las tres, ha llegado un soldado del "Yaguachi" vestido de paisano con particulares para los simpatizantes de la causa, de que se preparen ayudas de ser necesario de parte de los civiles para reforzar a los valientes, pues se aprestan a tomar Quito con el señor general Sucre al mando (este general es venezolano).

Los godos se han puesto nerviosos y andan por todas partes atisbando el descuido de algunos para tomarles presos. Ya le he impartido órdenes a Jonathás, yéndose con Nathán a recoger información que

sirva como espionaje, de dónde se encuentran las fortificaciones y los puestos de defensa de los españoles, para mandarles dicha información a los patriotas.

24 de mayo de 1822

Hoy ha amanecido, con una gran agitación que ha despertado a todos en general. Los godos proclaman bandos a los cuatro vientos, ordenando que no salgamos de las casas; pues hacer la contraorden es justificación de rebeldía y se castiga con el cepo.

Todos miramos a través de las rendijas y los visillos de las ventanas. Los godos corren a las faldas del Pichincha para detener el avance del general Sucre con su tropa, quien ya se encuentra arriba y les ha madrugado en posiciones… (me detengo aquí para observar y no perderme detalle).

Los señores generales del ejército patriota no nos permitieron unirnos a ellos: mi Jonathás y Nathán sienten como yo el mismo vivo interés de hacer la lucha; porque somos criollas y mulatas a las que nos pertenece la libertad de este suelo.

Sin embargo, seguimos a pie junto a este ejército de valientes, a los cuales les sobran agallas para enfrentarse con los godos, que sí están bien apertrechados y armados y alimentados; tanto, como organizados en la disciplina militar. Ahora vamos rodeando la cordillera hasta llegar a las proximidades de Quito, recibiendo postas con noticias de graves acontecimientos, porque los realistas están por todas partes.

Ya son las cinco y media de la tarde.

Jonathás y Nathán y yo estamos rendidas. Llegamos de auxiliar a los heridos y ayudar a calmar sus dolencias con bálsamo del Perú e infusiones de amapola.

Le he enviado al general Sucre, a quien he conocido en persona y es muy agradable y fino en su trato, una recua de cinco mulas, yendo Juan a entregarlas, con raciones de comida. Retomo aquí el acontecimiento de la batalla: como a las nueve y media empezó la batalla, que gozamos con mucho nerviosismo, comiéndonos las uñas. Jonathás gritaba como una loca y Nathán se dio tremendo golpe en el brazo izquierdo por subirse en un escaparate vencido.

La mañana tuvo un sol esplendoroso, radiante, como de gloria; para señalar el triunfo de los patriotas.

Desde los balcones se divisaba el fuego de la artillería y las cargas de infantería arremetiendo contra toda voluntad. Parecía una fiesta de castillos más que una batalla, aunque el olor a pólvora traía los alaridos de los cobardes que se despeñaban por huir de las bayonetas que les perseguían. La caballería se movía lenta pero precisa en el bosque abajo, aguardando la orden de ataque.

El batallón "Paya" al mando del comandante José Leal, que enarbolaba orgulloso su bandera y estandarte, fue el primero en tener contacto cuerpo a cuerpo con el enemigo. Un poco de duda estuvo a punto de perder las posiciones logradas por el ejército patriota; pero el coronel Córdoba, al mando del batallón Magdalena, arengó muy bonito a los soldados, y estos febrilmente se lanzaron prestos a derrotar y destruir a los españoles, obligándoles a salir despavoridos a refugiarse al fuerte del Panecillo.

Nemencio, el lacayo de papá, se encuentra muy irritado, pues es "chapetón" y no hace sino maldecir con el tabaco entre los dientes. Yo le he manifestado que no va a sucederle nada, pero es tan terco por ser gallego.

A toques de corneta, que se escuchaban como alejándose por el viento, los patriotas despeñaban a los realistas, que subían escalando difícilmente esa ladera.

Disparaban a todo lado, sin cuartel, hasta que los godos tocaron a retirada.

Fue entonces cuando se lanzó la caballería a la caza de los que huían. La artillería cubrió de descargas todo el campo de batalla. Allí se destacó un joven de apellido Calderón, quien no quiso abandonar el campo de Marte y murió valerosamente.

Los peruanos del batallón "Piura" se dieron en derrota, lo mismo que el "Trujillo", al no ser auxiliado por el anterior. Pero los colombianos del "Paya" y del "Yaguachi" respondieron valerosamente por la victoria; aunque los del "Cazadores" y "Granaderos" se batieron también en retirada, que no se justificó, por hallarse estos en las mejores posiciones, sin que hicieran algo por luchar contra el enemigo. El general Sucre le propuso a Aymerich (comandante de los españoles) una rendición honrosa, muy digna de su gallardía, y que el realista aceptó. Ocasión que dio lugar a la capitulación y libertad de Quito del poder español.

25 de mayo

Las mingas, a las que precede la matraca, dan la vuelta a la ciudad. La gente se ha salido a las calles a festejar, se celebró un *Tedeum* en la catedral y colaboramos todos en el arreglo y decoración del altar. Esto fue el día 25 de mayo.

La ciudad se encuentra muy bonita, y adornada con arcos triunfales de flores, por donde entraron los libertadores. Pero todo también ha tenido su mesura, pues las fiestas ya tienen la invitación al Libertador Simón Bolívar.

Tengo la fortuna de lisonjearme la amistad del apuesto general Sucre. Es un hombre muy valiente, caballero, y se ve en sus ojos la sinceridad. Yo, por mi parte, le he brindado mi casa y mi amistad.

Su excelencia, general A. de Sucre me ha hablado mucho de S.E. El Libertador Bolívar, y me tiene encantada con sus pláticas sobre el arrojo de nuestro Libertador.

Todos esperan que S.E. llegue a Quito, a fin de completar los festejos. Hay gran ansiedad por verlo y conocerlo; además que su presencia aquí legitimaría el establecimiento de la República.

He conocido a casi todos los oficiales del Ejército Libertador, yéndome a su Cuartel General, a fin de hacerme reconocida de esos cuerpos militares, pues me gusta mucho la causa. ¡Creo que nací con vena para la gloria! Aunque mi padre se opone, y mi marido a que ande en roce con el ejército. No me queda más que hacer mi voluntad, que es más fuerte que yo. Además, espero le den buenas referencias mías a S.E. Simón Bolívar. ¡Cómo anhelo conocerlo y tratarlo!, pues dicen que es muy culto.

Manuela

P.D. Se dice que S.E. el Libertador Simón Bolívar llega en el mes de junio, tal vez a finales.

Junio 4 de 1822

Parece que el Libertador prepara la adhesión de Guayaquil a la Gran Colombia, pues sin este puerto no habría condición estratégica de la República.

Junio 6 de 1822

Hoy he platicado con el coronel Córdoba, pero me parece un hombre rígido y poco de fiar, pues sus pretensiones son las de obtener la misma gloria de S.E. el Libertador.

El general Sucre me ha confesado que hay que tolerar cierta insolencia de sus oficiales, pues de todas maneras es con ellos que se ha logrado la victoria. Concepto que no comparto y que le he manifestado a S.E. quien me manifestó jocosamente que yo era una mujer muy especial por ser franca.

Junio 10 de 1822

Hoy se supo que S.E. el Libertador Simón Bolívar entró triunfante en Pasto, luego de haber ganado palmo a palmo las laderas de esas cordilleras, y que fue recibido, bajo palio y arco triunfal, por los simpatizantes de la República, el día seis del presente.

Junio 13 de 1822

Estoy muy ocupada en estos días, pues hago parte del comité de recepción a S.E. Simón Bolívar. Me encuentro muy nerviosa y por este motivo escribo como tarada. He ordenado que traigan flores y jazmines de Catahuango, y que dispongan todo lo mejor en procura de brindar a S.E. Bolívar, una mejor recepción, para lo cual he prestado la vajilla que me regaló James, enviada a la casa de don Juan Larrea, junto con dos manteles y cubiertos de plata. Como inventario se me ha dado un recibo.

Junio 15 de 1822

Todo es una locura, pues se ha anunciado que S.E. Simón Bolívar llega mañana, ¡y los preparativos eran para fines de mes! Pero hay gran contento y todo el mundo colabora en rehacer los arcos triunfales, adornándolos con flores de las más lindas y limpiando la ciudad y pintando las fachadas de sus casas, decorando los balcones por donde pasará el cortejo militar con S.E. a la cabeza.

Manuela

Junio 16 de 1822

La ciudad está vestida de fiesta, la gente corre por todos lados, los indios que transportan encargos andan muy apresurados, y hay que ver cómo la gente adorna las calles con arcos de caña guadúa y con ramas de laurel y flores, colocándolas en las esquinas y los balcones con ocasión de festejar ya en serio, no solo la batalla de Pichincha sino también el arribo de S.E. el Libertador Simón Bolívar y Presidente de Colombia, por primera vez a Quito.

Qué emocionante conocer a este señor, a quien llaman el "Mesías americano", y del que tanto he oído hablar. Todos los vecinos están muy entusiasmados, la señora Rosalía y su hija Eulalia del Carmelo, el doctor Lozano y la señora María Francisca también, como la viuda del coronel Patricio Pareja y las señoritas Pilar y María del Carmen Gómez Donoso; la familia Moreano Villagómez, que ha recibido la visita de su hijo Gonzalo, quien ya es teniente y se le ve muy apuesto y con gallardía; don Luis Ponce de Valencia y su familia, que están emparentados con mis amigos muy patriotas, los esposos don José Asunción Casares y la señora Camila Ponce; la señora Abigail Rivas de Tamayo, dueña del bazar "Borla de Oro", quien donó todos los encajes, bordados y botonaduras para los uniformes del batallón Paya, y sus hijos Antonio y José Miguel; en fin, son tantos los nombres, que de nombrarlos a todos no terminaría ni con diez diarios. Dejo aquí, para disponerme a las órdenes de don Juan Larrea, quien anunció va a venir por mí.

Manuela

Junio 19 de 1822

La caravana de los héroes entró a las ocho y media de la mañana por la calle principal, que da con la calle de Las Cruces, viniendo desde Guayllabamba y pasando por los ejidos del norte. Enseguida voy a describir los hechos del 16 que los considero muy especiales por la fortuna con que me han tocado.

¡¡¡Estoy muy feliz!!!

Pareciera como si el mundo entero se hubiera venido para acá. Qué apoteosis de recepción. No caben palabras como describir tanta emoción de la gente; desde la más alta alcurnia, pasando por todas las clases "de colores, gustos y sabores" y condiciones sociales (ahora sí en serio), y autoridades y clérigos (que me enseñaron a redactar así); hasta el más humilde de los indios que poco o nada entienden de estas cosas, se dieron cita para tributar su agradecimiento al Libertador y Presidente.

Yo encontrábame en compañía de mamá, en quien era raro ver algún signo de alegría o de tristeza. Sin embargo, su manifestación de ella de júbilo era tal, que hízome sentir la más feliz de las hijas, porque supe que mi madrecita también compartía de corazón toda esta alegría patriótica; mis tías y Jonathás y Nathán, aleccionadas por mí, gritaban en coro: ¡¡Ran, cataplán, cataplán, plan plan!!! ¡¡¡Qué viva el Libertador y Presidente de Colombia!!! Estábamos acompañadas, además, por Eulalia Sánchez y Piedad y Marianita Gómez, Vicenta y María Manuela Casares, Isabel y Rosita Moreano; todas sentimos que la entrada de S.E. el Libertador y Presidente Simón Bolívar era muy importante para gratificar a la ciudad de Quito por su dedicación a la libertad desde el nueve. Emocionante fue el momento en que se avistaron los cuerpos de la banda de guerra, tocando su compás redoblado de tambores, casi que iguales a los gritos de Jonathás y Nathán (me río).

En las iglesias resuenan las campanadas alegres, la pólvora alborota más la algarabía y la ansiedad de las gentes, por mirar y tocar a los héroes, iba en aumento, en un frenesí de locos. Todo hasta verlos aparecer al frente suyo. Su Excelencia el Libertador Bolívar y Presidente de Colombia venía acompañado por el general Sucre, grandioso héroe de Pichincha. S.E. Simón Bolívar a la derecha, S.E. el general Sucre a la

izquierda, posición muy bien ganada por su valentía a toda prueba. El corazón me palpitaba hasta el delirio, creo que esto de ser patriota me viene más por dentro de mí misma que por simpatía.

S.E. el Libertador, gallardo jinete, engalanado con uniforme de parada, en el que los hilos de oro se veían como evaporándose en el brillo del sol que ese día era como una parrilla. Venían en paso de formación y con los más escogidos oficiales de S.E. Bolívar el Libertador y Presidente montado en un precioso caballo blanco, al que enjaezaron con lo más precioso de monturas y arreos que se puedan encontrar por estas tierras. La jaca se deleitaba en marchar con mucho garbo, a tal punto que parecieran como enredarse las patas con el paso (dicen que en Colombia los adiestran así). Los cascos de los caballos parecían que acompañaran al redoble con su alegría similar a la de las castañuelas.

Desde todos los balcones, al pasar, llovían los pétalos deshojados de las rosas, flores y ramos caían para ir formando una alfombra fragante y colorida, que hizo más encantadora la algarabía y el recibimiento; los aplausos se escuchaban por doquier y los vivas a la República y a sus ejecutores se entonaban en coros más altos, de uno y otro lado de las calles. El delirio era ver y tocar de cerca a todos, pero con mayor placer a S.E. el Libertador Bolívar, saludarlo, tocarlo; ser correspondido.

Cuando se acercaba al paso de nuestro balcón, tomé la corona de rosas y ramitas de laureles y la arrojé para que cayera al frente del caballo de S.E.; pero con tal suerte que fue a parar con toda la fuerza de la caída, a la casaca, justo en el pecho de S.E. Me ruboricé de la vergüenza, pues el Libertador alzó su mirada y me descubrió aún con los brazos estirados de tal acto; pero S.E. se sonrió y me hizo un saludo con el sombrero pavonado que traía a la mano, y justo esto fue la envidia de todos, familiares y amigos, y para mí, el delirio y la alegría de que S.E. me distinguiera de entre todas, que casi me desmayo.

Todo enseguida fue fiesta y comidillas, de miradas cruzadas y veloces, de ofrecimientos de unas y aceptaciones gustosas y gallardas de los oficiales del Cuerpo de Guardia de S.E. Las envidias estuvieron, pues, a la orden del día, así como los comentarios. Se dispuso por parte del comité de recepción un gran festejo para el pueblo, y la tarima que sirvió para el recibimiento en la plaza estaba abarrotada por las autoridades civiles y eclesiásticas, junto con las doce ninfas en banda de seis a lado y lado del centro, donde estaba dispuesto el sillón de S.E. el Libertador y Presidente Simón Bolívar, lugar donde fue coronado una a una, doce veces, así: al valor, al orden; a la disciplina; al honor; a la libertad; al patriotismo; a la hidalguía; al carácter; a la sabiduría; a la prístina pureza; a la justicia, y a la divina misericordia, a medida que los discursos se pronunciaban.

Posteriormente, en la catedral, S.E. Bolívar es recibido bajo palio y conducido hasta el altar mayor, a escuchar el oficio de un larguísimo *Tedeum* que duró casi las dos horas. Luego hubo fiesta para el pueblo y fuegos artificiales hasta bien entrada la noche.

Manuela

Vino a visitarme en la tarde del 16 don Juan Larrea, para prevenirme de una invitación al baile en honor de S.E. el Libertador Bolívar, que se celebrará en la mismísima casa de don Juan; a lo que me dispuse inmediatamente, mandando la vajilla y arreglos de flores, tal como se me pidió en colaboración, de parte del comité de recepción.

Mi madre y yo llegamos, junto con José María, al baile, casi al filo de las ocho; enseguida fuimos atendidos por un paje que nos condujo hasta el salón, y donde don Juan Larrea nos recibió de manera muy entusiasta. Tomándome del brazo, luego de haber saludado muy cortésmente a mi mamacita, me llevó hasta el sitio donde se hallaba Su

Excelencia, sentado al fondo del salón y al centro, bajo un dosel preparado para él y lujosamente adornado con el tricolor de seda que fuera obsequio de la familia Orellana.

A S.E. Bolívar se le veía conversando muy amenamente con sus vecinos, acompañado de sus generales y edecanes. Al ver que nos acercábamos se levantó, disculpándose muy cortésmente y atento a nuestro arribo se inclinó haciendo una reverencia muy acentuada. Mi corazón palpitaba al estallarme cuando de don Juan Larrea escuché: "S.E. es para mí halagador presentarle a la señora Manuela Sáenz de Thorne." S.E. Bolívar me miró fijamente con sus ojos negros, que querían descubrirlo todo, y sonrió.

Le presenté mis disculpas por lo de la mañana, y él me replicó diciéndome: "Mi estimada señora, ¡Si es usted la bella dama que ha incendiado mi corazón al tocar mi pecho con su corona! Si todos mis soldados tuvieran esa puntería, yo habría ganado todas las batallas". Me avergoncé un poco, cosa que S.E. notó al instante y, disculpándose, me tomó de la mano invitándome a bailar una contradanza, luego un *minué* que, aunque aborrezco, acepté encantada; para luego seguir con otra contradanza que nos dio la oportunidad de hablar. Luego un valse muy suave que nos hizo muy románticos.

Todas las parejas pararon para ver bailar a S.E. Bolívar, pues tiene fama de excelente bailarín, aplaudiéndonos; cosa por la que me puse muy contenta. S.E. me apartó luego para decirme: "Señora —me dijo—, insisto en que usted ha tocado hoy justo en mi corazón. Su belleza es el mejor regalo que un héroe puede recibir, pues su encantamiento se halla en su agradable vivacidad. Es forzoso entonces que yo manifieste a usted el motivo real de mi alegría. Me encuentro fascinado de usted por no decir enamorado. De usted y de la "Caballeresa del Sol". Quién hubiera sabido que en esta ciudad se encontraba precisamente la poseedora del crisol donde debo fraguar mis sentimientos. Su arrobadora belleza hace que cualquier

hombre transgreda los más caros principios de la fidelidad y del respeto. Permítame usted el que yo, su humilde admirador, haga uso de esa maravillosa transgresión".

Aunque muchos hombres me han lisonjeado, nunca hubo uno con tal osadía; pero en sus palabras no salían sino fragancias de una caja de música. ¡Yo acepté encantada! y descubrí desde aquel mismo momento que el hombre venía solo, pero traía consigo mi felicidad, esa que yo no conocía hasta ahora.

S.E. Bolívar no paraba de hablarme y lisonjearme presentándome a sus generales, advirtiéndoles de antemano que yo estaba comprometida con él y con la causa; les decía que yo era la realización de sus sueños, la compensación a sus desvelos por la libertad, etcétera, etcétera, etcétera. Todos ellos respondían, a una que S.E. bien merecía tal halago, por ser de lo más exquisito para los héroes, cosa que me dejaba perpleja.

Me tomé la libertad de hacerle bromas a S.E. las que le encantaron, diciéndome que yo tenía la habilidad y el genio de hacerle reír, lo que otros no lograban fácilmente. Entre estas bromas le pedí que el "ridículo" *minué* (ya pasó de moda en Europa), en especial, debía grabarse como recuerdo perdurable de nuestro primer encuentro. Se rio a carcajadas muy sonoras y, caracterizándose, me dijo que para mi satisfacción (siempre hablándome de mi belleza), mis palabras eran órdenes que iban a ser cumplidas inmediatamente.

En el intermesso se sirvió un espléndido ambigú, que todos los presentes disfrutamos a plenitud, con fervoroso apetito, y que dio lugar a que S.E. agradeciera tal distinción de honores, sintiéndose, como lo expresó, "quiteño de corazón", y comprometiéndose a dejar "un sucesor suyo en estas tierras". Al concluir esto, por supuesto, arrancó los más vivos aplausos, que me ruborizaron al máximo, pues todos conocen mi condición civil (aunque no conviva con James).

A partir de este momento, todos sus generales se dirigían a mí con profunda admiración y respeto, que no dejaba de incomodarme, puesto que quería tener también de ellos su confianza.

Manuela

Junio 22 de 1822

Yo no sé que me pasó, pero me sentí liberada de James, y en cambio retribuida en la gloria de este señor, S.E. Simón Bolívar, que se ha fijado en mí y que me hace sentir la vida intensamente.

(Prosigo el relato del 16)

Para el segundo entreacto se dispuso una compañía de teatro que había venido desde Ambato, representando una comedia cuya sátira al poder español en retirada, se confundió con la magnanimidad de S.E. el Libertador y Presidente Bolívar y del ejército colombiano, y terminó con un colofón de la República. Esto encantó a S.E. por ser de criollos la compañía, y ordenó que les pagaran muy bien y les atendieran a los integrantes, en todo cuanto se requiriera para el desarrollo de estos actos dramáticos.

He comprobado que S.E. es un bailarín consumado e incansable, pues ciertamente baila con verdadera destreza; habilidad que, según él, es la mejor manera de preparar una estrategia de guerra (esto lo dijo sonriéndome). No quise quedarme corta y para descollar por lo menos en algo, a la altura del conocimiento de este señor, empecé hablándole de política, luego de estrategias militares (mi parecer lo tenía embelesado).

Entonces me cortó y empezó a recitarme en perfecto latín a Virgilio y Horacio. Hablaba de los clásicos como si los hubiera conocido. Yo lo miraba y escuchaba entusiasmada, y cuando tuve por

fin la oportunidad, le respondí dándole citas de Tácito y Plutarco, cosa que le llamó mucho la atención, quedándose casi como mudo y asintiendo de mis pobres conocimientos, con la cabeza, y diciendo "Sí, sí, sí eso es; sí, sí, sí", repetía. Entonces se puso muy erguido y yo pensé que se había enfadado; pero sonriendo me pidió el que era urgente le proporcionara todos los medios a fin de tener una entrevista conmigo (y muy al oído dijo: "encuentro apasionado"), que sería yo en adelante el símbolo para sus conquistas y que no solo admiraba mi belleza sino también mi inteligencia.

Manuela

Me di perfecta cuenta que en este señor hay una gran necesidad de cariño; es fuerte, pero débil en su interior de él, de su alma, donde anida un deseo incontenible de amor. S.E. trata de demostrar su ánimo siempre vivo, pero en su mirada y su rostro se adivina una tragedia. Me comentó que se sentía en el cenit de su gloria de él; pero que, en verdad (y esto lo dijo muy en serio), necesitaba a alguien confidente y que le diera seguridad.

S.E. me pidió que lo acompañara al Cuartel General, donde su ayuda de cámara, el señor José María Espinosa, a quien caí en gracia (este señor es pintor además de soldado), realizaba un retrato en arpillera, con marco ovalado del busto de S.E. con una inscripción a la bóveda: "S.E. el Libertador y Presidente de Colombia, en la plenitud de su gloria."

Cuando S.E. me lo enseñó, sus facciones cambiaron y tuvo como un resplandor en el rostro, que se le combinó con sus palabras. "He aquí (me dijo, señalando su retrato) al hombre en la plenitud de su gloria guerrera; el orgullo de América es el haber procreado al más grande Libertador de todos los tiempos. Mi gloria ha conquistado los límites del hemisferio y desde el Caribe hasta la mar océano de Balboa, mi sombra les cubre".

Me di cuenta de que este señor sentía mucha seguridad ante su propia efigie; tal como ocurre con todos los grandes hombres, que su ánimo se ve respaldado en su ego, hasta que encuentran el apoyo que les proporciona el valor para emprender nuevas y más audaces empresas.

Pienso que una mujer no solo debe trastornar a un hombre con su belleza, sino dedicarle toda su atención, en vista de tal vez una intuición más fina, que procura ver todo con la realidad de los aconteceres, y el tino de poder seducir con mejores armas al enemigo, con solo un guiño. Siendo caprichosa como en efecto lo soy, no me limito a tal conducta; por el contrario, advierto la necesidad de sacrificio y hago méritos por imponerme una actitud de atención a toda prueba.

Sé que este señor, me necesita, lo sé, y yo también a él; ambos formamos un círculo de sentimientos donde la seguridad va en busca del refugio del otro. Lo que sé hasta ahora me dice que tengo razón y que mi madurez da la suficiente garantía para que un hombre de la valía de S.E. se fije en mí.

Soy por temperamento informal, pero en tanto se me requiera de mí formalidad, asisto sin ambages, agrupando mis cualidades a una potencia de servicio y obra. Soy ambiciosa y me compromete la libertad. ¿A qué un pajarillo enjaulado? ¿Un zorrillo encadenado? El venado corre cual saeta veloz por los prados y desconfiado vaga por los montes atento al ataque del tigre.

Así es mi desconfianza, que; en unos, no es más que la forma de negarse a servir; y en otros (mi caso), la necesidad para sobrevivir. Sé que con este señor llegaré a la cima. Daré mis conocimientos (escasos), mi vigor y mi carácter, así como mis sentimientos, mi existencia si fuera necesaria. Mi vida será arrastrada por su gloria y suyos serán en sus días aciagos mis consuelos. Y bien, nos hicimos

cita clandestina, que no lo fue para nadie. Esto a los dos no nos preocupa, pues solo se trata de la carcoma que impide a los débiles el enlace de dos almas correspondidas.

Un poco pasar desapercibidos la maledicencia y las comidillas y las preocupaciones sociales, son la determinante para acabar con ese gusano de envidia malsana.

Sí, mi determinación de atender a este señor motiva tales, no son más que el egoísmo por no verse involucrados en persona en tal destino.

Las reuniones y fiestas por doquier. ¡Qué derroche de alegría y júbilo! Soy mujer y joven; apasionada, con mucho abandono del miramiento social que a mí no me incumbe; mi ingenio es mi intuición y me siento muy, pero muy enamorada. ¡De verdad, mi querido diario!!!

Estoy invitada a pasar el verano en Babahoyo. Concretamente en la hacienda "El Garzal"; debe su nombre por las miríadas de garzas que aquí anidan y sobrevuelan por estos lugares. Esta invitación la recibí por intermedio de unos amigos íntimos de S.E. Bolívar. Hace cuatro días que estoy instalada.

El Garzal, a 23 de... de 1822

Estoy escribiéndole a S.E. una docena de esquelas, haciendo más deliciosa la espera y más acuciante para él la venida. El éxito de una mujer está en su gracia y en su ingenio, a más de su belleza que atrae como el almíbar de las flores a los pajarillos que se deleitan con su néctar.

La hacienda está repleta de mangos, naranjales, plataneros que parecen manos gigantescas; palmetas, cocoteros y caimitos dulces

y palaciegos. Todo aquí es llamativo, los colores de las flores y de las mariposas, el canto de madrugada de las aves, el estrépito de los caballos cuando entran en la cuadra y el roncar de "Ruperto", un inmenso caimán criado desde pequeño y dócil. Todo entonces invita al regocijo del amor y de la aventura.

S.E. ha enviado a sus edecanes y algunos oficiales para aprovisionar todo y resolver asuntos concernientes a la instalación de su despacho. Un cuartel se estaciona aquí como Cuartel General, a fin de coordinar todo el archivo, correspondencia y afines de la guerra y Estado. Presiento que S.E. va a tener mucho trabajo y, como pueda, yo he de sacarlo de allí para que su alma y su cuerpo tengan un descanso en armonía con mi esperanza de disfrutarlo todo, como siempre he soñado. Tal vez sea una pasión desbordada, tejida en la locura sensual de mis...

Qué felices fuimos. Yo me regresé a Quito y S.E. partió a Cuenca.

Cartas a Bolívar y de Bolívar sobre Manuela



Cuartel General Pasto, a enero 9 de 1823

Mi querida Antonia:

(Confidencial)

Recibí con infinita satisfacción tu apreciable del 6 de noviembre del 22, que motiva mi conciencia. Además, me halaga el que tanto te preocupes por mí; créeme que me siento muy contento de saberme aún inquirido por tal preocupación, además de calmar tu curiosidad.

La pregunta que me haces la contesto así: esta señora no dará más un motivo para habladurías, pues no se lo merece. Su mayor pecado ha sido el fervor que, como patriota, se ha desbordado en atenciones para conmigo. Bien sé que me obligo a mí mismo al intentar separar mis sentimientos de mis actos; pero ¿qué hago con esta loca emoción que me incita a verla de nuevo?

Aceptarla en mi destino parece ser la respuesta ineludible; pues ella en su afán de servicio, se muestra como una noble amiga de alma muy superior: culta, desprovista de toda intención de ambición, de un temperamento viril, además de femenina.

Ella abandonó su hogar para brindarnos a la causa, y a ti, querida hermana, todo lo que su genio tiene en aras del bien común. Enérgica cuando se lo requiere, se desdobla en infantil ternura cuando su noble corazón se lo pide; orgullosa, porque le viene de sangre, yo la he aceptado por la comprensión nuestra y su hábil descaro de imponerme su amor. Tú dirás que me he excedido en este retrato; pero, en honor a la verdad, no cabe más que apreciar.

Para calmar tu preocupación te diré que esta señora no empaña mis virtudes; pues lejos de toda pretensión mis generales la respetan como si fuera mi esposa, y en los círculos sociales su presencia hace son su señorío el respeto que merecemos.

Las miserables habladurías que te han llegado como noticia, me han lastimado profundamente por la delicadeza y finura de tu espíritu, y porque sé de tu celo con que quieres a tu hermano y deseas mi bien.

Yo diría que nunca antes me he sentido tan seguro de mí mismo como ahora, que confidencialmente hago esta declaración. ¡Simón se encuentra enamorado! ¿Qué te parece? No es un jolgorio; ¡Es Manuela, "La Bella"!

Dispensa mi efusividad. Pronto tendrás más noticias mías, sé que deseas mi felicidad. La tengo ahora.

Tu afectísimo hermano,
Bolívar

Cuartel General de Lima, septiembre 28 de 1823

Al señor Edecán de S.E. el Libertador
Coronel Daniel Florencio O´Leary

En vista de la necesidad que acontece a estos tiempos, pido a usted se sirva ejecutar los arreglos necesarios; dándosele a la distinguida dama doña Manuela Sáenz los pormenores de la Secretaría, Archivo General, más documentos de la Campaña del Sur; para que trasladados a la quinta La Magdalena, se organice su incorporación al Estado Mayor General de la Campaña Libertadora, y con el rango de húsar.

S.E. el Libertador,
Bolívar

Chancayo, 9 de noviembre de 1824

Al señor general en jefe del Ejército de Colombia
Antonio José de Sucre
(Personal)
Mi querido general:

Sabiéndome que en sus decisiones de usted, está autorizado en impartir las órdenes de la movilización pertinentes; ruego como superior de usted, de cuidar absolutamente a Manuelita de cualquier peligro. Sin que esto desmedre en las actividades militares que surjan en el trayecto, o desoriente los cuidados de la guerra.

Estudie usted todo sin descuidar los detalles del terreno, los avances del enemigo, y envíe vigías de camino, a fin de tener toda la información para, en caso de dividir los ejércitos, juntarles nuevamente a la hora y lugares oportunos. Esto imagino por los accesos difíciles a su paso.

Prevenga usted que al presentar batalla, haya en la presencia de mis generales y oficiales, lo mejor de sus ropas y condecoraciones, como signo de la victoria, a la que presentarse con gallardía.

S.E. el Libertador,
Bolívar

Ayacucho, Frente de Batalla, diciembre 10 de 1824

A S.E. el Libertador de Colombia
Simón Bolívar
Mi general:

Tengo la satisfacción de participar a S.E. de los combates librados en Ayacucho, que han servido para engrandecer las glorias de las armas colombianas, dando a S.E. los detalles de los sucesos que han precedido al triunfo de las divisiones a mi mando.

Se ha destacado particularmente doña Manuela Sáenz por su valentía; incorporándose desde el primer momento a la División de Húsares y luego a la de Vencedores, organizando y proporcionando el avituallamiento de las tropas, atendiendo a los soldados heridos, batiéndose a tiro limpio bajo los fuegos enemigos; rescatando a los heridos.

La Providencia nos ha favorecido demasiadamente en estos combates. Doña Manuela merece un homenaje en particular por su conducta; por lo que ruego a S.E. le otorgue el grado de Coronel del ejército colombiano.

Dios guarde a su Excelencia,
A.J. de Sucre

Bogotá, enero 23 de 1825

República de Colombia
Vicepresidencia
Al excelentísimo señor Presidente de la República de Colombia
S.E. Simón Bolívar
(Privado)

En oficio del 9, número 3, que recibí del Jefe del Ejército de Occidente, fui notificado de como marchan las cosas por esas provincias del Sur, donde el honor del ejército, enaltecido por la gloria de Ayacucho, se ve mancillado por el infortunio de las habladurías.

S.E. que se precia de ser auspiciador del altísimo honor de pertenecer al ejército colombiano, permite tamaño desatino que, si no fuera por oficio de mi conocimiento, yo omitiría tal, pensando en que V.E. está controlando.

Pero mi asombro vive una verdadera y cruda realidad. El ejército, que no necesita auspicios de huelga, recibe el aliento de su Jefe Supremo, que premia en conceder un alto rango que solo se obtiene con el valor demostrado en el rigor del combate. ¿Ser coronel del ejército colombiano merece solo la consideración que V.E. le está dando? Solicito a V.E., con el respeto que le merezco, el que S.E. degrade a su amiga, pues que actos de ascensión como ese, solo perjudican en política a V.E., y más grave aún, en lo castrense, en recibir el desfavor de este cuerpo, cuyos hombres ven con repudio tan fácil concesión de hace más de un mes.

Si V.E. considera el discutirlo personalmente, yo lo espero en Jucha, con el fin de contribuir al buen entendimiento de los oficiales de este cuerpo con el Gobierno y con V.E. Si S.E. no considera esta, me veo en la dignísima obligación de enviarle, en tiempo prudente, otras, tal vez con un carácter más enérgico, a fin de conseguir de

V.E. su opinión y hecho favorable en estos requerimientos, por salvaguardar el honor de nuestro querido ejército.

Por lo demás, cuente S.E. con mi trabajo.

Dios guarde a V.E., muchos años,
J.P. Santander

Cuartel General de Lima, a febrero 17 de 1825

Al señor general
Francisco de Paula Santander
Vicepresidente de la República de Colombia
Mi querido general:

Ciertamente conozco de usted el apego a las leyes de disciplina militar, que usted mismo me ayudó a perfeccionar. Yo le diré a usted que estas son rigurosamente ejecutadas y establecidas por todos los oficiales; esto y más, ¡la tropa no duda un momento en cumplirlas! De donde quiera que usted haya sacado que mi influencia es el motivo de que Manuela sea ahora Coronel del ejército colombiano, no es más que una difamación vil y despreciable como ausente de toda realidad.

Usted la conoce (a Manuela) muy bien, incluso sabe de su comportamiento cuando algo no le encaja. Usted conoce, tan bien como yo, de su valor, como de su arrojo ante el peligro. ¿Qué quiere usted que yo haga? Sucre me lo pide por oficio, el Batallón de Húsares la proclama; la oficialidad se reunió para proponerla, y yo, empalagado por el triunfo y su audacia le doy ascenso, solo con el propósito de hacer justicia.

Yo le pregunto a usted, ¿Se cree usted más justo que yo? Venga entonces y salgamos juntos al campo de batalla, y démosle a los inconformes con el guante del triunfo en la causa del Sur.

Sepa usted que esta señora no se ha metido nunca en leyes ni en actos que "no sean su fervor por la completa libertad de los pueblos de la opresión y la canalla". ¿Que la degrade? ¿Me cree usted tonto? Un ejército se hace con héroes (en este caso heroínas), y estos son el símbolo del ímpetu, con que los guerreros arrasan a su paso en las contiendas, llevando el estandarte de su valor.

Usted tiene razón de que yo sea tolerante de las mujeres a la retaguardia; pero yo le digo a usted S.E. que esto es una tranquilidad para la tropa, un precio justo al conquistador el que su botín marche con él. ¿O acaso usted olvidó su tiempo? Yo no soy, sin embargo, débil ni temo a alguno que no diga la verdad.

S.E. el Libertador,
Bolívar

Cuartel General de Ibarra, septiembre 17 de 1826

Señor general
Juan José Flores

En vista de los desórdenes de los últimos días, confiero a usted responsabilidad en la persona de doña Manuela, para que permaneciendo ella en Quito, su asistencia sea completa en todo orden, conforme en que su bienestar personal esté por encima de toda otra obligación.

Bolívar

Tushaco, 1 de agosto de 1827

Señor Jerónimo Torres
Mi respetable amigo:

Desde que se instaló el Congreso he visto, continuamente y con placer, las opiniones que usted ha emitido en él, y las defensas que usted ha hecho de mi reputación y la de Manuelita, que se han querido manchar con los colores más negros. A la verdad, mucho tengo que agradecer a usted, digno hermano de don Camilo.

Los negocios del Sur y el estado general de la República me llevan a toda prisa a la capital, donde espero llegar muy pronto; pues que no me ha sido posible abandonar la patria y a mis amigos cuando se hallan amenazados de muerte. De este modo, tendré el gusto de abrazarlo a usted dentro de muy pocos días.

Hemos visto con satisfacción que el Congreso ha decretado la Gran Convención. Honor para aquellos que como usted han preferido los intereses del pueblo a las facciones ajenas.

Entretanto, créame usted siempre su afectísimo amigo.

Bolívar

Cuartel General de Bucaramanga, junio 5 de 1828

Al señor mayordomo José Palacios

Dé usted a esta señora Manuela las consideraciones que usted encuentre pertinentes, en lo que ella demande en cuanto al arreglo de la casa y los auxilios a los desdichados que por allí pasen.

Prevenga usted todo en cuanto a mi llegada, preparando mi ropero con tal de atender las visitas de protocolo.

S.E. el Libertador
Bolívar

Bucaramanga, junio 7 de 1828

Al señor general José M.ª Córdoba
Mi querido general:

Declino mi actitud de reserva ante la injusticia que se hace al emplear, por parte de algunas gentes sin escrúpulos, el nombre de Manuela, mezclándola en asuntos que esta señora no tuvo que ver jamás.

Usted conoce bien mi personalidad y no existe ni existirá nada que cambie a un ser que nació amando la libertad. Ella es también Libertadora, no por mi título, sino por su ya demostrada osadía y valor, sin que usted y otros puedan objetar tal.

De este raciocinio le viene el respeto que se merece como mujer y como patriota. Venza usted su prevención, que yo sabré corregir toda suerte de desmanes que, de conocerlos, no toleraré jamás. En esto conocerá usted mi fuerza de carácter, ante lo que sea evidente. Soy de usted su amigo,

Bolívar

Bogotá (fines) de junio de 1828

Señor general José María Córdoba
Mi querido general:

Sabe Ud. que yo lo conozco a Ud. por lo que no puedo sentirme con lo que Ud. me dice. Ciertamente, conozco también y más que nadie, las locuras que hacen mis amigos. Por esta carta verá Ud. que no los mimo.

Yo pienso suspender al comandante de "Granaderos" y mandarlo fuera del cuerpo a servir a otra parte. Él solo es culpable, pues lo demás tiene excusa legal; quiero decir, que no es un crimen público, pero sí eminentemente torpe y miserable.

En cuanto a la amable loca. ¿Qué quiere Ud. que yo le diga a Ud.? Ud. la conoce de tiempo atrás. Yo he procurado separarme de ella, pero no se puede nada contra una resistencia como la suya; sin embargo, luego que pase este suceso, pienso hacer el más determinado esfuerzo por hacerla marchar a su país o donde quiera. Mas diré que no se ha metido nunca sino en rogar, mas no ha sido oída sino en el asunto del C. Alvarado, cuya historia no me daba confianza en su fidelidad. Yo le contaré a Ud. y verá Ud. que tenía razón. Ud. mi querido Córdoba, no tiene que decirme nada que yo no sepa, tanto con respecto al suceso desgraciado de estos locos, como con respecto a la prueba de amistad que Ud. me da. Yo no soy débil ni temo que me digan la verdad. Ud. tiene más que razón, tiene una y mil veces razón; y, por lo tanto, debo agradecer el aviso que mucho debe haber costado a Ud. dármelo, más por delicadeza que por temor de molestarme, pues yo tengo demasiada fuerza para rehusar ver el horror de mi pena.

Rompa Ud. esta carta, que no quiero que se quede existente, este miserable documento de miseria y tontera.

Soy de Ud. afmo., amigo y de corazón,

Bolívar

P.D.: Recapacite usted, a sabiendas de que no existe razón para este disgusto.

Bolívar

Bogotá, agosto 29 de 1828

Presidencia de la República
Al señor Próspero Pereira Gamba
Estimado señor y amigo:

Recibí su apreciable del 16, en la que plasma con calidad sus impresiones, y que me ha llenado del afecto de mis más caros amigos.

Usted tiene la delicadeza de ir profetizando como Piscía la largura con que mis caros amigos ven el porvenir de mi unión con Manuela, "La Bella". Sí, mi querido Próspero, usted encontró en ella la dulzura de su trato, y yo tengo el privilegio del halago de sus encantos, en los que Afrodita envidia su cálida hermosura derramada sobre mi existencia, en un derroche de vibrante juventud, que hace de esa quinta la alegría con la cual usted encontró, junto a su dignísima esposa doña Petrona, la hospitalidad de Manuela.

Ella representa la virtud sobrecogedora de la amistad de esos pueblos del sur de Colombia para con sus compatriotas. Usted la define como "graciosa" y "hermosa", además de galante y amigable en su conversación. Escudriña usted bien la personalidad de ella; solo que en Manuela hay algo diferente: sobresale su cultura, pues esta nace de la avidez con que cada nueva lectura llega a sus manos, amén de aquellas que conoció antes.

Sepa usted, mi estimado amigo, que me siento muy feliz de su apreciable, al saberme tan dignamente representado con toda lucidez y detalles por mi Manuela, en quien deposité la responsabilidad insuperable de ser la anfitriona de "Colombia".

Salude usted de mi parte a su dignísima y guárdeme usted en su corazón con la amistad que usted se digna distinguirme.

Dios guarde a ustedes. Su afectísimo amigo, S.E. el Libertador y Presidente.

Bolívar

Bogotá, septiembre 21 de 1828

Señor Francisco de Paula Santander
Señor:

A propósito del suceso nefasto para la causa insurgente de quienes buscan mi vida, no escapa el que ciertos estados de ánimo míos me afecten cuando yo debo entenderme, aun en estas circunstancias, con personas como usted, a quienes debo expresar mi actitud, dándoles una satisfacción más, y expresando así mi espíritu plagado de desengaños.

Mi vida, es cierto, son mis actos; pero juzgo que no existe el alma que me alcance en la virtud de tomarla, a la par de la suya. Mucho de la alabanza me ha hecho daño. Sí, pero concibo que los pueblos harán de mí su propia historia, con criterio y juicio, sin colmarla de lisonjas, ni heroicas leyendas; todo sí, asistido con la más pura y ceñida realidad.

Vea usted por usted mismo. El que yo haya redactado esa Ley del 20 próximo pasado, censurándole y destituyendo su persona de su anterior cargo de la Vicepresidencia, entre otros asuntos, y quedando este suprimido, no alienta a la reconciliación. Puede usted discrepar con respecto a mi actitud, como ya lo ha hecho, mal interpretando esta ley, que solo es salud de la República. Diré en substancia, que queda como lo dice el *Decreto*: un nuevo sistema de Gobierno regido por un Consejo de Estado, bajo mi presidencia, con poderes especiales conferidos por el Acta del Congreso del 13 de junio.

En mi ausencia presidirá el Consejo, el ministro secretario de Estado más antiguo. Tomo esta decisión, no por dar más que el alivio a la patria de lo horrendo de la conjura de la cual se me hacía víctima, y de la que usted es tan ajeno como Córdoba. No vacile

usted en enfrentarme si es esa su estima. Probaré que es útil en la consecuencia dar paz y tranquilidad, porque no deseo transigir de aquí en adelante por este siguiente motivo: Manuela es para mí una mujer muy valiosa, inteligente, llena del arrojo, que usted y otros se privan en su audacia. No saldrá (ahora menos) de mi vida por cumplir caprichos mezquinos y regionalistas. La que usted llama "descocada", tiene en orden riguroso todo el archivo que nadie supo guardar más que su intención y juicio femeninos.

Pruebas de la lealtad de Manuela se han aparecido en dos ocasiones: el 10 de agosto, en la celebración del aniversario, comprometiendo su dignidad solo para hacerme retirar del sitio de mis enemigos y salvar mi vida. ¿Que no hubo tal para semejante excusa? Pregunte usted a don Marcelo Tenorio. Yo no me fío de las habladurías; ella misma me explicó este suceso, aun con el temor de que la corriera de Santa Fé.

¿Puedo yo ante la verdad elocuente desoírla? Dígamelo usted o disuádame de lo contrario, que en usted veo aún dignidad por su posición; pretendiendo que yo he obrado a la ligera y que ella se sobra en mis decisiones. ¡Jamás! Si bien "confío en Manuela ciegamente", no ha habido la más leve actitud en la persona de ella que demuestre desafecto o deslealtad; en fin, no ha defraudado mi confianza.

Como supuesto, todos saben que en mi recia personalidad no toleraría jamás una afrenta a mi dignidad, y por esto, Manuela no recogerá el fardo asqueroso de la desvergüenza solo por ser mujer. Quienes así la denigran, se cargan con la miseria de su maledicencia, y la corrupción de sus palabras atraganta sus pescuezos ávidos de la horca.

Si por esta útil y justiciera defensa me tildan con el oprobio insufrible de "tirano", no me queda más que recurrir al espacio de la

historia, donde se contemplan los actos de los hombres a quienes la justicia divina da, en reciprocidad, el justo premio a sus virtudes, o el castigo a sus infamias.

Dios guarde a usted.

Su excelentísimo, el Libertador
Bolívar

Cartas a Manuela y de Manuela sobre Bolívar



Huamachuco, 28 de mayo de 1824.

Al capitán Santana

Mi amigo: Las desgracias están conmigo, todas las cosas tienen su término, el general no piensa ya en mí, apenas me ha escrito dos cartas en diecinueve días. ¿Qué será esto? Usted que siempre me ha dicho que es mi amigo, ¿me podrá decir la causa? Yo creo que no, porque usted peca de callado. ¡Y que yo, se lo pregunte a usted! pero, ¿A quién le preguntaré? A nadie; a mi mismo corazón, que será el mejor y único amigo que tenga. Estoy dispuesta a cometer un absurdo; después le diré cuál, y usted me dará la razón si no es injusto. No será usted temerario; se acordará usted en mi ausencia de la que es muy amiga de usted.

Manuela

P.D. –Tenga la bondad de decirme si allí se halla el señor comisario Romero, que me precisa saberlo. Adiós, hasta que la casualidad nos junte, que yo estoy muy mala y pueda que muera de esta, porque yo no quiero vivir tampoco más. Ya basta. ¿No le parece?

Al doctor James Thorne

¡No, no, no más, hombre, por Dios! ¿Por qué hacerme usted escribir faltando a mi resolución? Vamos, qué adelanta usted, sino hacerme pasar por el dolor de decir a usted mil veces no? Señor: usted es excelente, es inimitable; jamás diré otra cosa sino lo que es usted. Pero, mi amigo, dejar a usted por el general Bolívar es algo; dejar a otro marido sin las cualidades de usted sería nada.

Y cree usted que yo, después de ser la predilecta de este general por siete años y con la seguridad de poseer su corazón, prefiera ser la mujer del Padre, del Hijo y del Espíritu Santo, o de la Santísima Trinidad? Si algo siento es que no haya sido usted mejor para haberlo dejado. Yo sé muy bien que nada puede unirme a él bajo los auspicios de lo que usted llama honor. Me cree usted más o menos honrada por ser él mi amante y no mi esposo? ¡Ah! Yo no vivo de las preocupaciones sociales inventadas para atormentarme mutuamente.

Déjeme usted, mi querido inglés. Hagamos otra cosa: en el cielo nos volveremos a casar, pero en la tierra no. ¿Cree usted malo este convenio? Entonces diría yo a usted que era muy descontento. En la patria celestial pasaremos una vida angélica y toda espiritual (pues como hombre; usted es pesado); allá todo será a la inglesa porque la vida monótona está reservada a su nación (en amores, digo, pues en lo demás, quiénes más hábiles para el comercio y la marina?). El amor les acomoda sin placeres, la conversación sin gracia y el caminar despacio, el saludar con reverencia, el levantarse y sentarse con cuidado, la chanza sin risa; estas son formalidades divinas, pero yo, miserable mortal que me río de mí misma, de usted y de otras seriedades inglesas, etc., ¡qué mal me iría en el cielo! Tan malo como si fuera a vivir en Inglaterra o Constantinopla, pues los ingleses me

deben el concepto de tiranos con las mujeres, aunque no lo fuese usted conmigo, pero sí más celoso que un portugués. Eso no lo quiero yo. ¿No tengo buen gusto?

Basta de chanzas. Formalmente y sin reírme, con toda la seriedad, verdad y pureza de una inglesa, digo "que no me juntaré más con usted". Usted anglicano y yo atea, es el más fuerte impedimento religioso; el que estoy amando a otro, es mayor y más fuerte. ¿No ve usted con qué formalidad pienso?

Su invariable amiga,
Manuela

Nota de la edición: Según Rumazo, en una copia de esta carta que Manuela le envía a Bolívar, incluye una posdata: «Hay que advertir que mi marido es católico y yo jamás atea; solo el deseo de estar separada de él me hacía hablar así». De igual manera, Vicente Lecuna fecha la carta en Lima, octubre de 1823

Un manifiesto de Manuela Sáenz
que circuló en Bogotá en una hoja impresa

"AL PÚBLICO"

El respeto debido a la opinión de los hombres me obliga a dar este paso; y cuando debo satisfacer, mi silencio sería criminal. Poderosos motivos tengo para creer que la parte sensata del pueblo de Bogotá no me acusa, y bajo este principio contesto, no para calmar pasiones ajenas, ni para desahogar yo las mías, pero sí para someterme a las leyes, únicos jueces competentes de quien no ha cometido más que imprudencias, por haber sido un millón de veces a ellas provocada.

Ninguna mano elevada me ha ofendido; esta no es infame. Quien me ofende ni aún tiene la firmeza bastante para dejarse conocer y menos para perseguirme legalmente; esto me vindica, pues todos saben que he sido insultada, calumniada y atacada.

Confieso que no soy tolerante; pero añado al mismo tiempo que he sido demasiado sufrida. Pueden calificar de crimen mi exaltación; pueden vituperarme; sacien, pues, su sed; mas no han conseguido desesperarme; mi quietud descansa en la tranquilidad de mi conciencia y no en la malignidad de mis enemigos, en la de los enemigos de S.E. el Libertador. Si aún habiéndose alejado este señor de los negocios públicos no ha bastado para saciar la cólera de estos, y me han colocado por blanco, yo les digo: que todo pueden hacer, pueden disponer alevosamente de mi existencia, menos hacerme retrogradar ni una línea en el respeto, amistad y gratitud al general Bolívar; y los que suponen ser esto un delito, no hacen sino demostrar la pobreza de su alma, y yo la firmeza de mi genio, protestando que jamás me harán ni vacilar, ni temer. El odio y la venganza no son las armas con que yo combato; antes sí desafío al público de todos los lugares en donde he existido a que digan si he cometido algunas bajezas; por el contrario, he hecho todo el bien que ha estado a mi alcance.

Lo que sí me sorprende, es que se ataque al Vicepresidente de la República, el virtuoso general Domingo Caycedo. S.E. no ha hecho otra cosa, que deponiendo su carácter como magistrado, evitar como hombre humano y prudente cualquier clase de desórdenes, bien sea por la parte que me provocaron o bien por la mía: este paso hace más relevante su dignidad, sus virtudes y carácter público.

El autor de *La aurora* debe saber que la imprenta libre no es para personalidades, y que el abuso con que se escribe cede más bien en desdoro del país que en injuria de las personas a quienes ataca. Con estas palabras le contesto. Él me ha vituperado, del modo más bajo, yo le perdono; pero sí le hago una pequeña observación: ¿por qué llama hermanos a los del sur y a mí forastera?... Seré todo lo que quiera: lo que sé es que mi país es el continente de la América y he nacido bajo la línea del Ecuador.

Manuela Sáenz
Bogotá, 30 de junio de 1830

Del general Luis Perú de Lacroix a Manuela Sáenz
A mi señora doña Manuela Sáenz

Cartagena, diciembre 18 de 1830

Mi respetada y desgraciada señora:

He prometido escribir a usted y de hablarle con verdad; para cumplir con este encargo y empezar por darle la más fatal noticia.

Llegué a Santa Marta el día 12, y al mismo momento me fui para la hacienda de San Pedro donde se halla el Libertador. Su Excelencia estaba ya en un estado cruel y peligroso de enfermedad, pues desde el día 10, había hecho el testamento y dado una proclama a los pueblos, en la que se está despidiendo para el sepulcro.

Permanecí en San Pedro hasta el día 16, que me marché para esta ciudad, dejando a Su Excelencia en un estado de agonía que hacía llorar a todos los amigos que le rodeaban.

A su lado estaban los generales Montilla, Silva, Portocarrero, Carreño, Infante y yo, y los coroneles Cruz, Paredes, Wilson, capitán Ibarra, teniente Fernando Bolívar, y algunos otros amigos.

Sí, mi desgraciada señora: el grande hombre estaba para dejar esta tierra de la ingratitud y pasar a la mansión de los muertos, a tomar asiento en el templo de la posteridad y de la inmortalidad al lado de los héroes que más han figurado en esta tierra de miseria.

Lo repito a usted, con el sentimiento del más vivo dolor, con el corazón lleno de amargura y de heridas: dejé al Libertador el día dieciséis ya en los brazos de la muerte: en una agonía tranquila, pero que no podía durar mucho. Por momentos estoy aguardando la fatal noticia, y mientras tanto, lleno de agitación, de tristeza, lloro ya

la muerte del padre de la patria, del infeliz y grande Bolívar, matado por la perversidad y por la ingratitud de los que todo le debían, que todo habían recibido de su generosidad.

Tal es la triste y fatal noticia que me veo en la dura necesidad de dar a usted.

Ojalá el cielo, más justo que los hombres, echase una ojeada sobre la pobre Colombia; viese la necesidad que hay de devolverle a Bolívar, e hiciese el milagro de sacarle del sepulcro en que casi lo he dejado.

Permítame usted, mi respetada Señora, de llorar con usted la pérdida inmensa que ya habremos hecho, y habrá sufrido toda la República, y prepárese usted a recibir la última y fatal noticia.

Soy de usted admirador y apasionado amigo, y también su atento servidor que sus manos besa.

Luis Perú de Lacroix

Kingston, Jamaica, 6 de mayo, 1834

Señor Presidente del Estado ecuatoriano
General Juan José Flores
Señor:

Espero que esta llegue a manos de usted por ser de esta isla, pues de Bogotá escribí a usted muchas, sin tener la más pequeña contestación: ya se ve, mi mala letra es conocida, y dirigida a usted sería peor: creerían que decía algo de política. Se habrán desengañado. ¿Qué tengo yo que hacer con la política? ¿ Yo amé al Libertador; muerto, lo venero, y por esto estoy desterrada por Santander.

Crea usted, mi amigo, que le protesto con mi carácter franco, que soy inocente, menos en quitar del castillo de la plaza el retrato del Libertador. Visto que nadie lo hacía, creí que era mi deber y de esto no me arrepiento. Y suponiendo esto delito, ¿no hubo una Ley de Olvido, dada por la Convención? ¿O me puso a mí fuera de esta ley? Dicen también que mi casa era el punto de reunión de todos los descontentos. General: crea usted que yo no vivía en la sabana para que hubiesen estos cabido; a mí me visitaban algunos amigos, mas yo omitía por innecesario el preguntarles si estaban contentos o descontentos. A más de esto, habrían dicho que era una malcriada.

Sobre que tuve parte en El Santuario, señor, es una tamaña calumnia: yo estuve en Guaduas, tres días de Bogotá (y la acción fue en Funza cerca de la capital) y a más, picada por una culebra malsana dos veces. Si hubiese estado bien, quién sabe si monto en mi caballo y me voy de cuenta de genio y nada más, pues usted no ignora que nada puede hacer una pobre mujer como yo; pero Santander no piensa así; me da un valor imaginario, dice que soy capaz de todo y se engaña miserablemente. Lo que soy es un formidable carácter, amiga de mis amigos y enemiga de mis enemigos, y de nadie con la fuerza que de este ingrato hombre. Pero ahora, que se tenga duro: existe en mi poder su corres-

pondencia particular al Libertador, y yo estoy haciendo buen uso de ella. Mucho trabajo me costó salvar los papeles del año de 30, y esto es una propiedad mía, muy mía. Para no dejar duda en los acontecimientos de atrás, yo invoco a usted mismo en mi favor; usted sabe mi modo de conducirme, y esta marcha llevaré hasta el sepulcro, por más que me haya zaherido la calumnia. El tiempo me justificará.

Ya he molestado a usted con mis quejas; ahora vamos a otra cosa más molestosa: lo poco que poseo de mi madre, señor, se lo debo al anhelo e interés que usted tomó en el cobro y no es regular que yo carezca de este socorro; pues salí de Quito el año 27, dejando arrendada mi hacienda en seiscientos pesos, pues los cincuenta los perdoné a Gómez. Señor: en todo este tiempo no he visto medio; solo he librado mil pesos a favor de la señora Juana Torres, más no sé si recibió o no. Por más que escribo a don Pedro, no me contesta.

De desesperada rogué al señor Modesto Larrea que la venda, y dicho señor me dijo que era malvenderla y resolví no hacerlo. A mí nadie me escribe y, en parte, hacen bien. Señor, ya que usted me ve sola en esta isla y abandonada de mi familia, creo que la compasión, nuestra antigua amistad, harán que usted me disculpe, por llamar su atención con mis simplezas; pero, señor, puede comisionar usted a cualquier persona y ser servido, mientras a mí nadie me contesta siquiera.

Escríbame largo, mi general y amigo, robe usted un rato a sus ocupaciones, por su amable esposa le suplico, por sus tiernos hijos le ruego, y póngame usted a la disposición de la señora, puede que necesite algo de esta isla.

Siempre recuerdo con placer nuestra antigua amistad y en nombre de ella le pido me ocupe, y de aquí deduciré que se acuerda de su amiga y reconocida.

Manuela Sáenz

Guaranda, 19 de octubre de 1835

Excelentísimo señor Juan José Flores
Mi querido amigo:

En mal papel, de mala letra, apenas puedo a usted ofrecer un buen corazón.

Ayer salí de aquí para el Sinchig y hoy he tenido que regresar por obedecer a las órdenes del Gobierno. Usted se impondrá por la copia que le acompaño; en ella verá que es dictada por un ebrio y escrita por un imbécil ¿Hay razón para que esta canalla ponga por argumento mi antigua conducta? Señor: mis hermanos mucho me han hecho sufrir: ¡basta! Algún día sentirás haberme mortificado, pues mi carácter y mi conducta me justificarán. Yo presenté el pasaporte que usted tuvo la bondad de darme; y apoyada en él, y lo que es más, en mi inocencia, no contramarcharé sino por la fuerza y nadie me convencerá, pues mi resolución está tomada. Solo que usted me diga: "Manuela, usted cometió el gran delito de querer al L…, salga usted de su patria, pierda usted gustosa lo poco que tiene, olvide patria, amigos, parientes", me verá usted obedecer (con dolor); a lo menos seré dócil a usted, pero a usted solo, y le dirá adiós su agradecida pero cuasi desesperada amiga,

Manuela

Adición: las mujeres siempre dejamos lo más preciso para el fin. Usted me dijo: "Deseo inmensamente revestirme de la autoridad que el Gobierno me concede solo por perdonar a Alegría"; yo deseo que usted se revista para no hacerme parecer criminal y sostener a todo trance su pasaporte; salude usted al señor coronel Ponte y a mi amigo Ibáñez.

Paita, 10 de agosto de 1850

Señor general O'Leary,
Encargado de Negocios de su Majestad Británica.

Me pide usted le diga lo que presencié el 25 de setiembre del año 28 en la casa del gobierno bogotano. A más quiero decirle lo que ocurrió días antes.

Una noche estando yo en la casa de gobierno de Bogotá, me llamó una criada mía diciéndome que una señora con suma precisión me llamaba en la puerta de la calle; salí, dejando al Libertador en cama algo resfriado. Esta señora que aún existe (1850), y me llamaba, me dijo que tenía que hacerme ciertas revelaciones nacidas del afecto al Libertador, pero que en recompensa exigía que no sonara su nombre. Yo la hice entrar, la dejé en el comedor y lo indiqué al general. Él me dijo que estando enfermo no podía salir a recibirla, ni podía hacerle entrar en su cuarto, y que además no era lo que ella pretendía. Le di a la señora estas disculpas; la señora me dijo entonces que había una conspiración nada menos que contra la vida del Libertador, que había muchas tentativas y que solo la dilataban hasta encontrar un tiro certero; que los conjurados se reunían en varias partes, una de ellas en la casa de la moneda; que el jefe de esta maquinación era el general Santander, aunque no asistía a las reuniones y solo sabía el estado de las cosas por sus agentes, pero que era el jefe de obra; que el general Córdoba sabía algo, pero no el todo, pues sus amigos lo iban reduciendo poco a poco. En fin, la señora me dijo tanto, que ni recuerdo.

El Libertador, apenas oyó nombrar al general Córdoba se exaltó, llamó al edecán de servicio y le dijo "Ferguson, vaya usted a oír a esa señora". Este volvió diciéndole lo que yo le había dicho y con más precisión que yo. El general dijo: "Dígale usted a esa mujer que se vaya y que es una infamia tomar el nombre de un general valiente como el general Córdoba".

El señor Ferguson no fue tan brusco en su respuesta; pero la cosa quedó en ese estado. Vino entonces don Pepe París y le dijo el general todo. Este señor contestó: "Esas buenas gentes tienen por usted una decisión que todo les parece una conspiración". "Pero usted hable con ella mañana", le dijo el general. No supe más de esto, pero en muy pocos días más, fue el acontecimiento que voy a contar.

El 25 a las seis me mandó a llamar el Libertador; contesté que estaba con dolor a la cara. Repitió otro recado, diciendo que mi enfermedad era menos grave que la suya, y que fuese a verlo. Como las calles estaban mojadas, me puse sobre mis zapatos, zapatos dobles. (Estos le sirvieron en la huida, porque las botas las habían sacado para limpiar)... Cuando entré, estaba en baño tibio. Me dijo que iba a haber una revolución. Le dije: puede haber, en hora buena, hasta diez, pues usted da muy buena acogida a los avisos! Me hizo que le leyera durante el baño. Desde que se acostó se durmió profundamente, sin más precaución que su espada y pistolas, sin más guardia que la de costumbre, sin prevenir ni al oficial de guardia ni a nadie, contento con lo que el Jefe de Estado Mayor o no sé lo que era, le había dicho: que no tuviese cuidado, que él respondía. (Este era el coronel Guerra, el mismo que dicen que dio para esa noche; santo y seña y contraseña y, a más, al otro día andaba prendiendo a todos hasta que no sé quién lo denunció).

Serían las doce de la noche, cuando latieron mucho dos perros del Libertador, y a más se oyó un ruido extraño que debe haber sido al chocar con los centinelas pero sin armas de fuego por evitar ruido.

Desperté al Libertador, y lo primero que hizo fue tomar su espada y una pistola y tratar de abrir la puerta. Le contuve y le hice vestir, lo que verificó con mucha serenidad y prontitud. Me dijo: "Bravo, vaya, pues, ya estoy vestido; ¿y ahora qué hacemos? ¿Hacernos fuertes?". Volvió a querer abrir la puerta y lo detuve. Entonces se me ocurrió lo que le había oído al mismo general un día: "¿Usted no

dijo a Pepe París que esta ventana era muy buena para un lance de estos?...". "Dices bien", me dijo, y fue a la ventana. Yo impedí el que se botase, porque pasaban gentes; pero lo verificó cuando no hubo gente, y porque ya estaban forzando la puerta.

Yo fui a encontrarme con ellos para darle tiempo a que se fuese; pero no tuve tiempo para verle saltar, ni cerrar la ventana. Desde que me vieron me agarraron y me preguntaron: "¿Dónde está Bolívar?". Les dije que en el Consejo, que fue lo primero que se me ocurrió; registraron la primera pieza con tenacidad, pasaron a la segunda y viendo la ventana abierta exclamaron: "Huyó; se ha salvado!» Yo les decía: "no, señores, no ha huido; está en el Consejo". "¿Y por qué está abierta esa ventana?" "Yo la acabo de abrir, porque deseaba saber qué ruido había". Unos me creían y otros no. Pasaron al otro cuarto, tocaron la cama caliente, y más se desconsolaron, por más que yo les decía que yo estuve acostada en ella esperando que saliesen del Consejo para darle un baño; me llevaban a que les enseñase el Consejo (pues usted sabe que siendo esa casa nueva, no conocían cómo estaba repartida, y el que quedó a entrar a enseñarles se acobardó, según se supo después). Yo les dije que sabía que había esa reunión, que la llamaban Consejo, a la que iba en las noches el Libertador; pero yo no conocía el lugar, con esto se enfadaron mucho y me llevaron con ellos, hasta que encontré a Ibarra herido; y él desde que me vio me dijo: "¿Conque han muerto al Libertador?"

"No, Ibarra; el Libertador vive".

Conozco que ambos estuvimos imprudentes; me puse a vendarlo con un pañuelo de mi cara. Entonces Zuláivar, por la mano, a hacerme nuevas preguntas, no adelantando nada; me condujeron a las piezas de donde me habían sacado y yo me llevé al herido y lo puse en la cama del general. Dejaron centinela en las puertas y ventanas y se fueron al oír pasos de botas herradas; me asomé a la ventana y vi pasar al coronel Fergusson, que venía a la carrera de la casa donde

estaba curándose de la garganta; me vio con la luna, que era mucha; me preguntó por el Libertador y yo le dije que no sabía de él ni podía decirle más por los centinelas; pero le previne que no entrara, porque lo matarían; me contestó que moriría llenando su deber. A poco oí un tiro: este fue el pistoletazo que le tiró Carujo, y además un sablazo en la frente y el cráneo. A poco se oyeron unas voces en la calle y los centinelas se fueron, y yo tras ellos a ver al doctor Moore para Andresito. El doctor salía de su cuarto y le iban a tirar, pero su asistente les dijo: "No maten al doctor"; y ellos dijeron: "No hay que matar sacerdotes". Fui a llamar al cuarto de don Fernando Bolívar que estaba enfermo, lo saqué y lo llevé a meter el cuerpo de Fergusson, pues yo lo creía vivo; lo puse en el cuarto de José que estaba de gravedad enfermo; si no, muere; porque él se habría puesto al peligro.

Subí a ver a los demás, cuando llegaron los generales Urdaneta, Herrán y otros a preguntar por el general; entonces les dije lo que había ocurrido; y lo más gracioso de todo era que me decían: "y a dónde se fue?» cosa que ni el mismo Libertador sabía a dónde iba.

Por no ver curar a Ibarra me fui hasta la plaza, y allí encontré al Libertador a caballo, con Santander y Padilla, entre mucha tropa que avivaba al Libertador. Cuando regresó a la casa me dijo: "Tú eres la Libertadora del Libertador!"

Se presentó don Tomás Barriga y le iba a arengar; pero el general con esa fogosidad que usted tanto conocía le dijo: "Sí señor; por usted y otros como usted que crían mal criados a sus hijos, hay estas cosas; porque de imbéciles confunden la libertad con el libertinaje".

Fueron muchos extranjeros, entre ellos el señor Illingworth, y todos fueron muy bien recibidos. El Libertador se cambió de ropa y quiso dormir algo, pero no pudo, porque a cada rato me preguntaba algo sobre lo ocurrido y me decía: "no me diga más". Yo callaba y él volvía a preguntar, y en esta alternativa amaneció. Yo tenía una gran

fiebre, y no sé más que por lo que me han contado, que se molestó mucho con el coronel Cropston porque le apretó el pescuezo a uno de los que condujo al palacio, a quien el general mandó dar ropa para que se quitase la suya, y los trató a todos con mucha benignidad, por lo que don Pepe París les dijo: "y a este hombre venían ustedes a matar?" Y contestó Hormet: "era al poder y no al hombre". Entonces fue cuando tuvo lugar la apretada, a tiempo que entraba el Libertador y se puso furioso contra este jefe Cropston, afeándole su acción de un modo muy fuerte.

Dicen que les aconsejó a los conjurados que no dijesen a sus jueces que traían el plan de matarlo, pero que ellos decían que habiendo ido a eso no podían negarlo. Hay otras tantísimas pruebas, que dio el general, de humanidad que sería nunca acabar.

Su primera opinión fue el que se perdonase a todos; pero usted sabe que para esto tenía que habérselas con el general Urdaneta y Córdoba que eran unos de los que entendían en estas causas. Lo que sí no podré dejar en silencio fue que el Consejo había sentenciado a muerte a todo el que entró en palacio, y así que, excepto Zuláivar, Hormet y Azuerito, que confesaron con valor como héroes de esta conspiración, los demás todos negaron, y por eso dispusieron presentármelos a mí a que yo dijese si los había visto. Por esto el Libertador se puso furioso. "Esta señora, dijo, jamás será el instrumento de muerte ni la delatora de desgraciados". No obstante esto, me presentaron, ya en mi casa, a un señor Rojas y consentí en verlo porque tuve muchos empeños de señoras para que dijese que no lo había visto. Así lo hice, mas una criada mía y un soldado que entraron a tiempo lo conocieron; pero yo compuse la cosa con decir que si más caso hacían de lo que ellos decían que a mí y que los que lo acusaban estaban equivocados, y se salvó. Dije también que don Florentino González me había salvado a mí la vida diciendo: "no hay que matar mujeres"; pero no fue él sino Hormet, al tiempo de entrar que hicieron un tiro.

Entraron con puñal en mano y con un cuero guarnecido de pistolas al pecho. Puñal traían todos, pistolas también; pero más creo que tenían Zuláivar y Hormet. Entraron con farol grande, con algunos artilleros de los reemplazos del Perú… Estos señores no entraron tan serenos, pues no repararon ni en una pistola que yo puse sobre una cómoda ni en la espada que estaba arrimada, y además en el sofá del cuarto había una fuerza de pliegos cerrados y no los vieron. Cuando se fueron los escondí debajo de la estera.

El Libertador se fue con una pistola y con el sable que no sé quién le había regalado de Europa. Al tiempo de caer en la calle pasaba su repostero y lo acompañó. El general se quedó en el río y mandó a este a saber cómo anclaban los cuarteles; con el aviso que le llevó, salió y fue para el Vargas. Lo demás usted lo sabe mejor que yo, sin estar presente; que si está, yo sé que usted habría muerto.

No se puede decir más, sino que la Providencia salvó al Libertador, pues nunca estuvo más solo. No había más edecanes que Fergusson e Ibarra, ambos enfermos en cama: el uno en la calle y el otro en casa, y el coronel Bolívar donde el general Padilla. Nuestro José, muy malo; don Fernando, enfermo; la casa era un hospital.

Cuando el general marchó de Bogotá, no sé para dónde, fue que me dijo: "Esta al llegar preso el general Padilla; te encargo que lo visites en su prisión, que lo consueles y lo sirvas en cuanto se ofrezca". Así lo hice yo. El señor general Obando, a quien Dios guarde por muchos años, ha dicho en Lima, antes de ahora, que yo, en medio de mis malas cualidades, tenía la de haberme portado con mucha generosidad, a lo que yo contesté que esa virtud no era mía sino del Libertador, que me había dado tantas y tan repetidas lecciones de clemencia con el mismo panegirista.

Esto es muy cierto; a usted le consta. De modo, que tantos escapados de la muerte fue por el Libertador. Baste decir a usted que yo

tuve en mi casa a personas que buscaban y que el Libertador lo sabía. Al general Gaitán le avisaba que se quitase de tal parte porque ya se sabía. Al doctor Merizalde lo vi en una casa al tiempo de entrar yo a caballo, y le dije a la dueña de casa: "Si así como vengo con un criado, viniese otra persona conmigo, habían visto al doctor Merizalde; dígale usted que sea más cauto". Tal vez sería por eso que después de muerto el Libertador me hizo comadre Merizalde.

Infinitas cosas referiría a usted de este género, y las omito por no ser más larga, asegurándole a usted que en lo principal no fui yo más que el instrumento de la magnanimidad del gran Bolívar.

Manuela Sáenz

Diario de Paita de Manuela Sáenz



Venzo de ser vengativa en grado sumo. ¿Cómo perdonar? Si Simón hubiera escuchado a esta su amiga, que sí lo fue. ¡Ah! otra cosa habría sido (no habría quedado mico con cola). Creo en esa obligación de dar su merecido a quienes faltaron a la lealtad del Libertador y a la República, y a algunos que burlaron la gratitud para con él.

El escribir estas cosas me ayuda en soltar mi mala sangre y, al mismo tiempo, de lo que me hallo muy complacida, porque logré retener (me salí con la mía) los archivos y los documentos más importantes del general Bolívar; esos... no lograron destruir lo que es más sagrado para mí.

Leo y me digo a mí misma que soy adicta al sufrir.

Hoy a julio 25 de 1840 vino a visitarme el señor José Garibaldi, muy puesto el señor este, aunque un poco enfermo. Lo atendí en mi modestia; cosa que no reparó. Estuvimos conversando sobre su vida y sus oficios, y recordando sus aventuras del mundo conocidas. Y se reía el muy señor, cuando le pregunté por la escritora Elphis Melena, la alemana; sobre su fama de "Condotierro", y de sus dos esposas.

Me dijo que yo era persona favorecida de él en su amistad, y que lo era también "la memoria del genio Libertador de América, general Simón Bolívar".

De nariz recta este señor, patillas salvajes y colgándole con el pelo hasta el cuello, y bigote grueso (como de cosaco), de bonete de paño negro bordado en flores y cejas espesas al cubrir casi los ojos.

Jonathás y yo no tuvimos reparo en desvestir a este señor y aplicarle ungüentos en la espalda, para sacarle un dolor muy fuerte que

lo quejaba por el hombro. Muy agradecido se despidió de mí, y muy conmovido como de no vernos más.

Siento tristeza de la ausencia de este señor. Jonathás está de mal humor porque no levantó mi ánimo. Me ha dejado de su puño y letra, un verso de la *Divina Comedia* del Dante, y muy apropiado, y bonito, que pego aquí para no perderlo.

Mía carissima Manuela:

Donna pietosa e di novella etate,
adorna assai di gentilezze umane,
ch'era lá v'io chiamava spesso Morte
veggendo li occhi miel pien dipietate,
e ascoltando le parole vane,
si mosse con paura a pianger forte.
E altre donne, che si fuoro accorte
di me per quella che meco piangia,
fecer lei partir via,
cual dicca: Non dormire.

Divine comedie. Dante
Giussepe Garibaldi
Paita porto, julio 25, 1840.

Son las 8 y se acaba la lumbre. He vuelto a leer con favorito empeño *Los pastores de Belén*, prosas y versos divinos de Lope de Vega y Carpio, y cómo me anima esa lectura y de qué manera me acuerdo cuando era niña, en casa, frente al nacimiento.

En el libro encontré las violetitas que me trajo y regaló Simón, de una finca donde estuvo en Pativilca, dizque porque eran muy delicadas, bellas y perfumadas (comparándome).

Sí, su amor sigue aquí en mi corazón, y mis pensamientos y mi amor por él están con él en la eternidad.

Qué señor mío este Simón, para robar todos mis pensamientos, mis deseos, mis pasiones…

Lo amé en vida con locura; ahora que está muerto lo respeto y lo venero.

Jonathás ha estado en cama con gripe, de esas que llaman "quiebra huesos", y no ha podido levantarse. Páez, Córdoba y La Mar no me han dejado en paz. Los tiene muy enseñados; estos perros graciosos, acostumbrados al cariño, se deshacen por Jonathás, y yo no los controlo más. Santander está ya viejo y cojo. Pienso que hay que fusilarlo para que no sufra, pues le pasó un coche por encima; se me va el corazón con mi perro.

En estas navidades el puerto ha estado más movido que de costumbre; así que le he pedido y mandado a Jonathás que atisbe quien llega, y venga pronto a contármelo todo; no sea que me cojan de sorpresa.

(Navidad del 30, ¡qué fatal!). Este es un recuerdo que lastima, pero él me dejó forzada a seguir viviéndolo; para mí tú vives, Simón. Así como él vivió. Soy una tonta, pero lo percibo cada vez mejor. Rousseau, Voltaire, *El contrato social*; ¿De qué le sirvieron? Nunca supo qué ni qué hizo con su gloria. ¡Qué tontos fuimos!

Escribo y pienso… Cómo se destruyó a sí mismo, Simón. Yo estoy haciendo unas colchitas que me están quedando preciosas. Y él sabía que se estaba destruyendo, aniquilando, dejando a un lado su férrea voluntad, sus decisiones nunca dictadas por sus convicciones, pero sí un sentido de justicia. ¿Justicia? ¿Quién le fue justo? A él, que todo lo dio por la libertad. Libertad, solo palabra. ¡Por ahora!

¿Cómo era esa cita de Marco Aurelio? Tanto insistí en que la aprendiera: "Tú amor lo medirás por el que tengas a tu hermano. Usar de clemencia es vencer siempre", decía Aulio Galio. Ya:

> "Es propio del hombre amar aun a aquellos que nos ofenden. Los amarás, si piensas que son hermanos tuyos; que, si son culpables, es por ignorancia y a pesar de ellos; que, dentro de poco, no te hicieron mal alguno, ya que no te hicieron peor tu alma de lo que antes era", citaba a Marco Aurelio.

Y a Demóstenes: "Una mujer desbarata en un día lo que un hombre construye en un año", refiriéndose mi Simón a lo del acontecimiento del castillo, que con tanta gana hice en Bogotá.

Él no omitía ninguna frase de estos pensamientos, y sus consejos —muy a pesar de mi entereza de carácter. Siempre me citó a Salomón: "El perfume y la variedad de los aromas son la alegría del corazón, y los buenos consejos de un amigo (amiga), las delicias del alma". Y a Cervantes: "La mujer ha de ser buena, y parecerlo, que es más", recriminándome mi conducta con Santander.

Hoy he vuelto a leer el *Quijote*, y de sus páginas salen las evocaciones. Ciérrolas para escribir. Como ese agudo hombre de novedades en desbaratar un molino, así hizo Simón cayendo con el peso de su propia armadura.

Una y una más se lo advertía de no permitir la subida de Santander. ¿Pero qué? Se enfadaba conmigo, me castigaba con sus desplantes, ignorándome, cosa que era peor. Más me encaprichaba y después llegaba más tierno que un cachorro meloso. Acercándose y mendingando mi amor. Y yo, tonta por él, no resistía sus insinuaciones. No lo rehuía. Siempre lo recibí tiernamente como tal lo amé. Nunca fui inconsecuente. ¡No! Tuvo de mi amistad y de mi amor el afán de servirlo y de amarlo como se lo merecía.

Cumpliré con mi desahogo ahora que estoy con buen ánimo. Me consuela el saberlo mío a pesar de todas.

Es tarde ya y casi no se ve. Recogeré todo para ver un nuevo día.

Manuela

Han pasado ya ocho años y solo he visto miserias, pobreza, epidemias, susto de los peruanos (cobardes) que se alegran de la desgracia ajena. Un puerto que solo da lástima, donde el entorpecimiento es a la orden del día. ¿Cómo puede una mujer estar al día en cosas de la cultura? El mundo no se percata dónde queda Paita. ¿Y cómo recolectar datos? Idea mía: barco que llegue, asalto de información. Ciudadano que caiga a este: sacarle las noticias.

Escribo a mis familiares en Quito y nadie contesta. No tengo a nadie. Estoy sola y en el olvido. Desterrada en cuerpo y alma, envilecida por la desgracia de tener que depender de mis deudores que no pagan nunca.

Jonathás se ha ido por mi recomendación a la casa de mi comadre Chanita. ¿Quién cuida de ella? Pobre, agarró esa fiebre amarilla y quedó exhausta. Aquí todo se ha ido convirtiendo en sanatorio.

Qué contraste Simón: de reina de la Magdalena, a esta vida de privaciones. De Caballeresa del Sol a matrona y confitera; de soldado húsar a suplicante; de coronel del ejército a encomendera.

¡Basta! Me voy a Lima

Paita a febrero 3 de 1843

Antes de ayer vino en visitarme un viejo amigo del Libertador, el creador de sus desgracias, por él haber metido en la cabeza de Simón tanta idea, para manejar las cosas con tanta cualidad de favorecimientos

para todos: amigos y enemigos. Simón Rodríguez o Samuel Robinson o el diablo en andas. Tantos nombres para enmascarar una sola cosa, ser Quijote o tonto. De todas maneras hablamos y discutimos, pues defiende a Santander (a su gestión).

Muy entrado en años, como por los 83, alto pero encorbado, su pelo blanco como de nieve y con bastón. No demoró mucho porque dizque pendiente de un negocio. Me preguntó cosas que solo él sabía, me enfadé mucho. Pero luego estuve tranquila y serena, comprendí que este señor quería revivir esas épocas. Solo pudimos contener el ansia de amistad que nos unió con el único hombre que verdaderamente valió.

Dijo que fabrica velas y que sigue dictando lecciones, pobre. Si se le ve franciscano. Tomó chocolate y se marchó. Volverá, lo sé.

Paita, febrero 19 de 1843

Aquí en Paita todo es cosa de risa. Un suceso y otro distinto. Estos peruanos sin idea de la política seria y pura, no hay quien observe conducta digna, porque unos por miedo y otros por interés, cambian de parecer de la noche a la mañana. Mi sobrino Francisco Antonio me escribió desde Quito, contándome pormenores, para mí el más querido de todos (como ya es padre no hay como hacerle bromas). Estoy haciendo un chal que de divino parece europeo, se lo envío a mi paisana doña Mercedes Jijón de Flores.

Parece que ya a nadie importo. Estamos a 9 de julio del 43 y todo sin respiro. Las gacetas que me llegan son números atrasados y yo quiero vivir el presente con noticias frescas.

No vale un cuartillo leer, no hay con quien comentar. Sentada en mi hamaca medito nuevas que tengan que ver para el provecho de mi patria, Ecuador.

Escribo cartas y cartas, y nadie apura mis asuntos en Quito. Solo por la Providencia vivo. He desistido lo de Lima por no mortificarme con James. Y a tal, solo resignación y adelante. Al menos tengo todavía amigos, y a mi Nathán y Jonathás.

Jonathás vino con recados del muelle. Que vio al general Santa Cruz con recados para mí, de que al señor general Flores lo reeligieron por ocho años más. Esto hace Dios con almas buenas y honestas. El señor Pareja viene muy a menudo y su plática es muy constructiva y adicta a las órdenes del señor presidente Flores.

Ya no tengo paciencia con ese canalla del Pedro Sanz. Todo me falta y no hay como recaudar. Necesito hacer venir acá muchas cosas de mi aprecio y consideración, que tengo en Bogotá y no tengo medio. Ya no sé qué hacer con la plata de deudas de mi hacienda ni quién vea por ella.

Las noticias que recibo de Quito ya son esperanzadoras. El señor presidente general don Juan José Flores, quien es mi amigo, me halaga con sus apreciadas de cuando en vez, y me pone al tanto de mi tierra Quito.

Por fin ha destinado una persona indicada para manejar las cuentas de mis deudores y para que mi desgracia sea menor. Don Pedro Sanz no tuvo recato en el manejo de cuentas de todos los que me adeudan. Soy por esto de gran gratitud para con este señor general.

Aquí todo está revuelto, y con gran vigilancia para todo; sin reserva en violar valijas de correo.

¿Qué tanto desafuero?

Hoy, agosto 23 de 1843

Recomendada al señor Cónsul Montalve, con salvoconducto para Lima pienso: estas no recaban mis más caros afectos, ni mi familia (¿tengo?), ni mis amigos, ni mi patria. Rocafuerte me hizo, me tiene al punto de su distancia. Yo resuelta, es que mi fallo está como la suerte de aquí. Ya no regreso para lo menos ver lo mío.

Como de todo me entero hago las delicias de mi interés por saber y dar a conocer lo que concierne a mi patria.

Al fin en algo ocupo mi triste destino, que si no me doy un balazo ¡y punto!

Este mes de septiembre peor. Me ha puesto en jaque. A todos los ecuatorianos que se hallan en Piura y los de aquí, he arengado, junto con el cónsul Monsalve, para prevenir la indolencia y sus diversiones malsanas. Como ecuatoriana estoy indignada por los pasquines y cosas soeces salidas de la imprenta del caucano, en contra del general Flores.

Maña con susto me he dado con los atrevidos que de noticias traen el que habían asesinado al presidente Flores en convite de sus amigos. Que la guerra es inminente y barbaridades, fin. Que yo estuviera al mando, al menos al lado de este señor para asesorar estrategias. Y que este señor, que yo amo como la patria tampoco me ocupa para nada en el Gobierno y es terco como mula.

Ay, que si parece que de angustias vivo. Si no debo llamarme Manuela sino "Angustias". Mi amigo el general Santa Cruz me ha puesto en pena. He recibido cartas de Lima del 24 de noviembre, y solo tristezas. La prisión de este hombre envilece a quienes lo tomaron. Y no pongo duda que lo fusilen. Mi corazón de luto se pone. Ya no hay con quién contar. Voy a intrigar con destino a que sirva de algo para su libertad. Ojalá alguien se compadezca y me ayude.

Hoy vi a Jonathás limpiar los recodos, y le permití ver unas cuantas cartas del arcón, reminiscencias. Costó mucho trabajo el traerlas aquí, tenerlas todas y desde tanto tiempo atrás.

Caminatas, campañas, travesías, intrigas, desafueros... Simón tan cerca..., a veces, y otras yo tan lejos, impidiendo las deserciones. Bolívar. Sí él, todo amor para ellos, ¿y para mí qué?

A cuántos tuve que chirlear para que no perdieran la vida; para que despertaran... Las mulas, ¡el horror de la caída por los abismos! Sí, todo esto me persigue. Saco valor. Cierro el arcón para no desmayarme.

Este librito que contiene las lecturas más caras de los grandes guerreros griegos, fue saliendo del fondo del arcón; fue el regalo de este hombre magnífico, sin querer él dármelo. Su apasionamiento por Temístocles, Arístides, Cimón (era él Cimón o Simón). Siempre dijo él que así era el carácter de este señor. Haníbal, Alcibíades... (sollozo).

Mi negra Jonathás se presentó y estuvo calmándome con infusiones severas. Debo mantener el propósito de no volver a mirar esas cosas; ella dice que me hacen mucho daño, y hasta le creo.

Simón quiso que yo las tuviera, y son mías, muy mías y se irán conmigo a la tumba. Así lo he dicho muchas veces a tales señores que vienen de visita, aquí a husmear lo que sé. La historia no se la cuenta ¡Se la hace!

Que se vayan al diablo cuando vuelvan.

Hoy es domingo 27

Han pasado tres semanas desde la última vez que escribí y ha habido extraordinarias.

Escribo estas líneas para saberme viva, viva por dentro. Después de todo, a mi edad… Pienso en algunos amigos míos que darían todo por tenerme en su casa, y por disfrutar de mis recuerdos o de los chistes de Jonathás (que cuenta con gracia).

No existe nada interesante en este miserable puerto; lo único que vino, una compañía de teatro que no encontró lugar, cosa que improvisaron en la playa.

La gente aquí anda disparatada con el asunto limítrofe; ojalá se pueda sacar a estos imbéciles de mi Ecuador.

Si yo hubiese estado en Quito unos años atrás… pobrecitos, ¡quién sabe!

Nunca permití que Simón pensara en nuestro amor como una aventura; lo colmé de mis favores y mis apetencias y casi olvidó su acostumbrado flirteo donjuanesco. Además, había en los dos emoción y dicha que no se destruiría jamás, que serían perdurables hasta el fin. ¡Amar y ser amada intensamente!

Él por su parte halló en mí ¡TODO! Y yo, lo digo con orgullo, fui su mejor amiga y confidente. Para unificar pensamientos, reunir esfuerzos, establecer estrategias. Dos para el mundo. Unidos para la gloria, aunque la historia no lo reconozca nunca.

Y de que yo sé reírme de mí misma, ¡basta! ¿En qué quedaron los carísimos vestidos? ¿Las numerosas joyas? Estoy harta.

¿Qué fue de esas visitas de cortesía en mi casa? Nada había en las mujeres que no fuera hablar, coser cadenetas y bordados de encajes. Yo, mientras tanto, leía. Me entusiasmaba mucho leer. Los hombres con qué galantería. ¡Ah! qué tiempos, mi mantilla de Manila. Y los celos estúpidos de James. Solo desprecio sentía por este

pobre hombre. Lima: visitas, fiestas, paseos, invitaciones, bailes, ostentación de riqueza. Y del amor ¿qué?

Galanteos, derroche de riquezas y de alegrías, de refinamientos, de placeres, de holgura: ¡Ah! vivir la vida. ¿Eso fue? Yo aquí estoy desorientada. ¿O loca? No ¡jamás! ¡jamás!

En mi mente, el pensamiento de haber participado en logros de la República a fin y bienestar de los ciudadanos.

A veces la fuerza fue necesaria; debido al rigor de mi carácter impulsivo, me impuse en cuanto era menester, para bienestar de la República y de S.E.

Yo tuve razones muy poderosas para unirme con él: convicción de patriota, juntos, a costa de todo. Mi firmeza y mi carácter, debido a que estaba convencida de que Simón sería el único en la historia del mundo, como libertador de una nación grande y soberana.

Cuando surgió el asunto de Guayaquil, ya conocía bien al general San Martín, y usé mi amistad con algunos de sus devotos; especialmente con Rosita, para averiguar cosas necesarias a la causa de la anexión de Guayaquil a Colombia.

Convencida, como lo estaba también el Libertador y Presidente, de que Guayaquil era completamente del territorio de Colombia, le aconsejé que no permitiera que esa provincia se separara de su patria madre, y de no permitir que los peruanos intentaran mutilar este pedazo de suelo colombiano.

Le manifesté a S.E. que yo conocía muy bien las debilidades del señor general San Martín, que me había condecorado como “Caballeresa del Sol”. Simón no permitió que yo le hablara de esas debilidades. Por el momento. Pero luego, muy preocupado, me preguntó:

"¿Sabe usted señora, con qué elementos puedo, de su intuición de usted, convencer a este señor general, para que salga del país sin alboroto, desistiendo de su aventura temeraria de anexar Guayaquil al Perú?" Entonces yo le contesté: "Vaya usted en persona e impresione a esos indecisos, acójalos bajo protección de la República de Colombia y encárguese usted mismo del mando militar y político de ese puerto y su provincia".

A San Martín le interesa Guayaquil, claro; pero no lo merece. Es ceñudo, está siempre preocupado por la responsabilidad de él. Más parsimonia no se halla en otro cuando habla. Es flemático (metódico), lo mismo que cuando escribe. Además, es masón (yo hasta aquí no sabía que Simón también). Además de todo, el general San Martín es ególatra y le encanta la monarquía, y es mojigato.

"Disponga entonces usted de cualesquiera de estos atributos, además de que él presentará la dimisión por su propia cuenta".

Así que mi señor general y Libertador fue a Guayaquil. Se encontró con el "Protector", que se quejó de que los oficiales de S.E. le recibieron con un saludo de bienvenida "a Colombia". Además de que no soportó ni la conferencia ni la fiesta (se preparó gran alboroto con ese fin). Pues este señor es seco y sombrío. Y se retiró con su ambicioso plan.

Simón prometió que al volver a mí, sería todo él mi propiedad.

Luego "El Garzal": amor y placer que no conocía; paz y dicha que no tuve antes.

Ya he dicho una y mil veces. Mi interés es mi país, es ser quiteña. Muy quiteña fui desterrada para la infelicidad de mi país. Estoy aquí sola y desamparada. Aunque mi orgullo lo niegue. No queda ya más. Nada más, y punto.

Hoy, mayo 19 de 1846, ha quedado en llegar un recadero de James, que se ha puesto al habla con Jonathás. Mi marido está de a buenas conmigo; me escribe como todo un amigo mío. Qué flema la de este inglés, paciencia y holgura de sentimientos. A tanto que ya no me olvida.

Bueno, él sabe que la esencia viene en gotas, es fino conmigo y me halaga con regalos y dineros desde Lima. Su empecinamiento no ve mi consagración personal al Libertador Bolívar. No comprende que fuimos amantes de espíritus superiores. Que vivimos una misma posición de gloria ante el mundo, que vivimos un mismo sacrificio y una misma manera de ver las cosas y una misma desconfianza de todos.

Aunque en Simón existiera la condescendencia y el perdón, y en mí la audacia y la intolerancia, fui la escogida por este señor muy digno para aparecer en sus círculos. Sí, también como su compañera de felicidades y de profundas tristezas.

Los dos escogimos el más duro de los caminos. Porque a más del amor, nuestra compañía se vio invadida por toda suerte de noticias; guerra, traición, partidos políticos, y la distancia, que no perdonó jamás nuestra intimidad. Juntos soportamos el allanamiento a nuestras vidas. Hicimos un pacto de respeto a las ideas ajenas, muy por encima del respeto que debió dárseles a las nuestras. ¿Qué fue de nuestra dignidad? ¿A qué mujer cabe todo esto? Dejo aquí porque tengo visita (horror de letra).

Me tratan de orgullosa, ¿lo soy? Sí, lo confieso y más. Saberme poseída por el hombre más maravilloso, culto, locuaz, apasionado, noble. El hombre más grande, el que libertó al nuevo mundo americano. Mi amor fue siempre suyo y yo su refugio y donde había el reposo de sus angustias. Y los desvelos por la patria de él. Simón;

mis pensamientos y mis consejos siempre fueron tuyos, aun en el desorden de mis ideas.

Altercábamos, él conmigo por el empeño de mis pasiones. Pero comprendía, las mías de ser mujer y esto me pagaba mi entrega a él. El concebir planes era nuestro juego. Planes con aventuras temerarias (me río). No sabían cómo, pero estábamos en todas partes.

La gente hablaba. Pero qué importaba. Total logramos vencer y basta. Fue necesario separarnos. Así el gusano de la desdicha cavó en nuestros males. ¿Lograron deshacerse de él? Pues yo digo que no. Nunca supo la maledicencia, la mentira, la venganza, la traición, el arte mefistofélico, que quedando yo viva, perdurarían sus memorias. La memoria de estos dos seres que logramos unir nuestras vidas en lo más apoteósico de nuestros desvelos. ¡El Amor! Y juntos nos burlamos de los concilios de nuestros enemigos. Estos, desunidos, demoraron en reunir su venganza y su jauría para ver el fin de sus víctimas. Y cómo nos alejamos del alcance de sus intenciones. Para él Santander. Para mí Rocafuerte. Son unos…

Hoy se me hace preciso escribir por la ansiedad. Estoy sentada frente de la hamaca que está quieta como si esperara a su dueño. El aire también está quieto; esta tarde es sorda. Los árboles del huerto están como pintados.

En este silencio mío, medito. No puedo olvidar. Simón no comprendió nunca que todavía no había llegado el momento para emprender la lucha, y lograr conquistas de libertad. Solo consiguió deshacer su vida de él. La llenó de dificultades. Sus hazañas extraordinarias quedaron vilmente desposeídas de la gloria. Se apagó su orgullo viril y su amor muy adicto por la libertad. Siempre bajo su destino despiadado.

He tenido trabajos en la casa y me he demorado en volver a escribir. Pero aquí estoy de nuevo frente a este diario que es mi refugio.

Un amigo muy querido me preguntó qué había sido yo para el Libertador: ¿una amiga? Lo fui como la que más, con veneración, con mi vida misma. ¿Una amante? Él lo merecía y yo lo deseaba y con más ardor, ansiedad y descaro que cualquier mujer que adore un hombre como él. ¿Una compañera? Yo estaba más cerca de él, apoyando sus ideas y decisiones y desvelos, más, mucho más que oficiales y sus raudos lanceros.

Yo le increpaba su desatino en considerar el "valor" de algunos que se encontraban muy lejos de su amistad. ¿Eran compañeros? Sí, obligados por el miedo a las cortes marciales, al fusilamiento; aunque Simón nunca se empeñó en que esto se diera. Prodigaba indultos a diestra y siniestra. Nunca le fueron reconocidos, ni agradecimientos hubo. Solo había traiciones, desengaños, atentados.

¿Qué fueron sus últimos días? Él era un hombre solitario, lleno de pasiones, de ardor, de orgullo, de sensibilidad. Le faltó tranquilidad. La buscaba en mí siempre, porque sabía de la fuerza de mis deseos y de mi amor para él.

Simón sabía que yo le amaba con mi vida misma. Al principio ¡Oh! amor deseado… tuve que hacer de mujer, de secretaria, de escribiente, soldado húsar, de espía, de inquisidora como intransigente. Yo meditaba planes. Sí, los consultaba con él, casi se los imponía; pero él se dejaba arrebatar por mi locura de amante, y allí quedaba todo.

Como soldado húsar fui encargada de manejar y cuidar el archivo y demás documentos de la campaña del Sur. De sus cartas personales y de nuestras cartas apasionadas y bellas.

Mi sin par amigo dejó en mí una responsabilidad inmensa que yo, agradecida, cumplí a cabalidad y con mi vida misma. Como oficial del ejército colombiano también me distinguí. Era preciso. Y si no, entonces, ¿qué tendría ese ejército? Un guiñapo de hombres, malolientes, vencidos por la fatiga, el sudor del tabardillo con su fiebre infernal, los pies destrozados. Ya sin ganas de victoria.

Yo le di a ese ejército lo que necesitó: ¡Valor a toda prueba! y Simón igual. El hacía más por superarme. Yo no parecía una mujer. Era una loca por la libertad, que era su doctrina. Iba armada hasta los dientes, entre choques de bayonetas, salpicaduras de sangre, gritos feroces de arremetidos, gritos con denuestos de los heridos y moribundos; silbidos de balas. Estruendo de cañones. Me maldecían pero me cuidaban, solo el verme entre el fragor de una batalla les enervaba la sangre. Y triunfábamos. "Mi Capitana –me dijo un indio–, por usted se salvó la patria". Lo miré y vi un hombre con la camisa desecha, ensangrentada. Lo que debieron ser sus pantalones le llegaban hasta las rodillas sucias. Sus pies tenían el grueso callo de esos hombres que ni siquiera pudieron usar alpargatas. Pero era un hombre feliz, porque era libre. Ya no sería un esclavo.

Difícil me sería significar el porqué me jugué la vida unas diez veces. ¿Por la patria libre? ¿Por Simón? ¿Por la gloria? ¿Por mí misma? Por todo y por darle al Libertador más valor del que yo misma tenía. Él vivía en otro siglo fuera del suyo. Sí, él no era del diez y nueve. Sí, él no hizo otra cosa que dar; vivía en otro mundo muy fuera del suyo. No hizo nada, nada para él.

Ayer domingo vi a don Manuel Suárez y a su hijo, de transeúntes por la plaza; ya está por los quince el niño. Pedro Simón, y que buen uso hace de su nombre (caminando) a más lo comentamos con mi comadre Josefa y dice ella, que el niño sabe bien de dónde procede el nombre, y que me reconoce como madrina. Nunca ha venido por acá, dizque por respeto. Lo espero para unos dulces.

Me di cuenta cómo Santander no quiso nunca ayudar a Perú. Esperaba que los peruanos hicieran solos la revolución y la guerra a los godos; él quería ocuparse solo de la patria (Nueva Granada). Sin más complicaciones, sin más obligación por América. Quería que se le eligiera Presidente, para ejercer sus propias leyes; pues deseaba regular todo y enviar "al loco del Libertador al diablo".

Por eso lo pensó todo; incluso costó mucho trabajo la indiscreción de un partidario suyo. Había dicho: "Dejemos que el Libertador se pase al extranjero, al Perú, sin autorización; a fin de cuentas hace lo que le da la gana. Así será como el Congreso podrá librarse de él y de esa astuta mujer que es su compañera fiel. No le enviemos tropas, ni pertrechos, se joderá la cosa y no sabrá qué hacer ya, sin gobierno ni mando".

Inmediatamente le di un informe a S.E. y le rogué que no escribiera cartas desde el Perú; al menos que no las datara en lugar parecido de esos sitios, sino que cambiara esos lugares por otros de fuera de Perú, para que así no le diera ocasión al miserable de Santander de que le quitaran el mando. ¡Por eso "fusilé" a esa sabandija!

Simón vio la desmoralización en que se encontraba el ejército, y se desalentó muchísimo, cosa que inmediatamente remedié con un consejo de lo necesario que era para ese momento; y con todos los poderes de los cuales Simón fue investido, comenzar a solucionar todos los problemas de organización, de avituallamiento, de pagos a los soldados, de permisos, de reclutamiento, etc., etc.

Comuniqué a S.E. todo y cuanto se hablaba en los círculos, salones de los aristócratas, reuniones, etc. Y de todo cuanto el pueblo hablaba. Jonathás y Nathás sirvieron mucho para esto. Todos los señores generales y oficiales de S.E. el Libertador guardaban benevolente discreción y simpatía hacia mí. Con deferencia característica hacia "La dama dueña del corazón y de la vida de su Libertador" (me trataban como si fuera yo la esposa legítima de este señor).

Recibí el grado de húsar, y me dediqué por entero a ese trabajo laborioso de archivar, cuidar y glosar lo más grande escrito por S.E.; incluso salvaguardar nuestras cartas personales.¡Había allí en Lima tanto desafuero! Pero combatimos lo indeseable. Bajo mi consejo, intuición y celo; se aumentaron las fiestas, la vida social mía. Se acrecentaron las reuniones, para saber descubrir a los enemigos del Gobierno. Como espía, de tanto en tanto caía una buena información, la que inmediatamente le daba conocimiento de ella a S.E.

Se me nombró compañera del Libertador. Sí, compañera de luchas; metida en asuntos militares y presidenciales. Era necesaria, muy a pesar de los que lo asistían para su trabajo de él: una buena cantidad de ayudantes, generales, secretarios y auxiliares, de los que no necesitó nunca, pues era tercamente un solitario hombre introvertido, cuando su soledad lo aprisionaba.

Parecía que Simón lo supiera todo. Pero no era así, sus conocimientos necesitaron siempre de mi apoyo; el que era conocer el ambage de ideas de los naturales de estos lados del Sur. Insistentemente le pedí que fuera implacable, más cuando se tratara del bien de la República.

Que no diera pie atrás en cada una de sus decisiones. Cosa por la que me admiraba y respetaba.

Juntos movilizamos pueblos enteros a favor de la revolución, de la patria. Mujeres cosiendo uniformes, otras tiñendo lienzos o paños para confeccionarlos, y lonas para morrales. A los niños los arengaba y les pedíamos trajeran hierros viejos, hojalatas, para fundir y hacer escopetas o cañones; clavos, herraduras, etc. Bueno, yo era toda una comisaria de guerra que no descansó nunca hasta ver el final de todo.

Le comenté que al indio lo que más le gusta es la "charca" y su troje, así que Simón repartía tierras, y estos ayudaban con aprovisionamientos de comida o con hombres.

A principios del mes de octubre de 1823 ya me encontraba en Lima, al cuidado del archivo personal y de campaña de S.E. el Libertador y Presidente.

Le recomendé no involucrar al general Sucre en ninguna batalla por esos días. ¿Intuición femenina? ¿Estrategia? ¡Las dos cosas! Pudo ser la derrota, visto lo actuado hasta allí por el godo Canterac. Además, había que contar con el desorden del ejército colombiano, que se encontraba desmoralizado, y los patriotas ciudadanos, a la expectativa de los acontecimientos.

Bibliografía

Álvarez, Carlos. (1995). *Manuela, sus diarios perdidos y otros papeles*. Quito,

Bolívar, Simón. (s/f). *Obras completas*. Compilación y notas de Vicente Lecuna. 3 Volúmenes. Caracas.

Boulton, Alfredo. (1956). *Los retratos de Bolívar*. Caracas,

Chiriboga, Ángel Isaac. (1954). [Compilador] *Glosario sentimental, Simón Bolívar y Manuela Sáenz*, Buenos Aires, Argentina.

Rumazo González, Alfonso. (s/f). *Tríptico bolivariano*.(s/l).

Villalba, Jorge. (1986). [Selección y Prólogo de] *Manuela Sáenz 1829-1853*. Colección Epistolarios. Ediciones del Banco Central del Ecuador.

Índice

EDICIÓN DIGITAL
octubre de 2018
Caracas, Venezuela

Con esta edición de *Las más hermosas cartas de amor entre Manuela y Simón*, rendimos homenaje a la "Libertadora del Libertador". Más que un registro epistolario, esta obra refleja la intimidad de dos apasionados amantes involucrados plenamente con el ideal de libertad. Se presentan las minucias, los detalles amorosos, las palabras de encanto y la emoción intensa que, desde el primer encuentro, surge entre la valiente quiteña, culta, hermosa, temeraria, y el héroe triunfante, el Libertador.

Gobierno **Bolivariano** de Venezuela | Ministerio del Poder Popular para la **Cultura**

